



V

LA REVISTA DE LOS HIJOS DE LA NOCHE

REFUGIO BIZARRO



En este número: Estética Oriental

OSAMU
SUGIMURA

«El jardín botánico
de Miskatonic»



REFUGIO BIZARRO V



©2025 Refugio Bizarro

Los derechos de los relatos pertenecen a sus respectivos autores.

Ilustración portada: ©2025 Yuke Kabula

Ilustraciones interiores: ©2025 Yuke Kabula

Maquetación: ©2025 Ricardo Meyer y Yuke Kabula

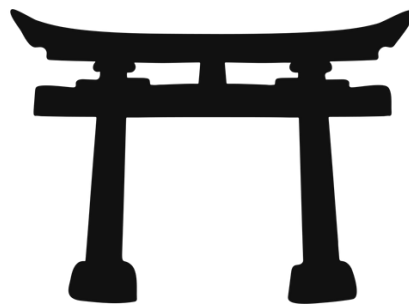
Traducción *El jardín botánico de Miskatonic*: ©2025 Alba Martín Nagato

Esta obra está protegida por la licencia Creative Commons CC-BY



INDICE

• ÍNDICE.....	3
• NOTAS DE LOS EDITORES.....	4
• EL JARDÍN BOTÁNICO DE MISKATONIC, por SUGIMURA OSAMU.....	5
• EL CORREDOR DE LAS PROHIBICIONES, por YUKE KABULA.....	11
• SANGRE DULCE, por CARLOS RUIZ SANTIAGO.....	28
• PERVERSIÓN OFÍDICA, por GAYETEIRO.....	44
• KIHIKORIMO, por TORRI.....	59
• YÍKARUO Y LÁSALUO, por RICARDO MEYER.....	64
• LA PROA DEL INFRAMUNDO, por BYAKUYA LUNA.....	70
• EL LIBRO ESCARLATA, por FEDERICO GARRIDO VILLAR.....	74



NOTAS DE LOS EDITORES

¡Por aquí **Yuke Kabula**! Me gustaría inaugurar esta sección agradeciendo a todos los que nos habéis seguido en los números anteriores. Nuestra última entrega supuso un gran hito para nosotros, contando con nueve relatos de excelente calidad y con la colaboración de dos grandes artistas como son nuestros amigos **Asamatsu Ken** y **Fran Ortega**.

Autorretrato de un cabo, relato cuya traducción hemos publicado en dicho número, es un relato considerado clave en la literatura de terror japonesa contemporánea. Con él se abre la antología «El imperio de los dioses malignos», más conocido por su nombre inglés «**Kthulhu Reich**» y que introduce a entidades como la entidad primigenia **Yoth-Tlaggon**.

En cuanto a la portada de Fran Ortega, representaba una escena del relato *La mujer serpiente* («**The Weresnake**»). Este relato, publicado **ya hace 100 años** marcó el origen del universo colaborativo de *Los Mitos de Cthulhu*, siendo la primera vez documentada en que se incluyeron elementos tomados de la obra de **Lovecraft** (en este caso la mención a **Abdul Alhazred**) en un relato en que no tuvo participación directa. De ahí que quisiéramos conmemorarlo.

En este número, contamos con dos autores japoneses, Sugimura y Byakuya. Esperamos que sea la primera de muchas más colaboraciones a nivel internacional.

Dicho esto, cedo el micrófono a mi camarada **Ricardo Meyer**.



¡Por Aquí **Ricardo Meyer**! Pues nada, solo decir que me siento feliz por la forma en que se celebraron estos 100 años y por lo orgánicas que fueron nuestras interacciones con **Asamatsu Ken**, siendo él uno de nuestros principales referentes a la hora de coordinar antologías, precisamente por su sentimiento de camaradería. Resulta bello poder hablar con Asamatsu de igual a igual.

Es también agradable interactuar con otras personas de **Japón** que comparten el amor por lo extraño y por el **Horror Cósmico**. Entre ellas, hemos conocido a alguien muy particular que, como todo buen amante de Los Mitos (porque sé que todos son así), tiene incluso su propio panteón. Él ya cuenta con reconocimiento en su país natal, es por eso que ya era hora de traerlo acá. Su nombre es **Sugimura Osamu**, y este número está dedicado a él y a su relato inédito *El jardín botánico de Miskatonic*.

Para cualquier cosa, quien quiera buscarme, me podrá encontrar —y respondo los mensajes con la misma compulsión con que quizá H. P. Lovecraft lo hacía con su correspondencia (una ironía curiosa sobre cómo cambian los tiempos, pero se mantienen las costumbres).

Así que nada, disfruten de la lectura de este número, «**Estética Oriental**». Tras este número comenzaremos a enfocarnos en números de temática libre, tal como anticipa el último relato aquí incluido.

SUGIMURA OSAMU PRESENTA:

El jardín botánico de Miskatonic



*¡Del laboratorio al horror indescriptible! En los sombríos jardines de Miskatonic, una flor
nacida del infierno antártico abre sus pétalos...*

* * *

Hay un instante en que uno deja de ser humano. Puede deberse a diversos motivos, como por ejemplo ser testigo o tener un encuentro con algo de carácter sobrenatural. De eso es precisamente de lo que hablaremos esta vez. De un momento vivido cuando fui alumno de la Universidad de Miskatonic.

Entré a una cafetería a mediodía, haciendo sonar la campanilla de la puerta.

—¡Hola Shimasaki! ¡Cuánto hacía que no te veía! ¿Cómo has estado?

—¡Lo mismo me gustaría preguntarte!

Yo, Shimasaki, era un alumno de cuarto curso en la Universidad de Miskatonic. Hasta ese momento, había estado de intercambio en Estados Unidos, haciendo vida en el campus de la universidad. Mi vida allí era emocionante, me daba la oportunidad de convivir con infinidad de personas, animales y plantas, regocijándome enormemente cada vez que interactuaba con cualquiera de ellos.

EL JARDÍN BOTÁNICO DE MISKATONIC

—No he sabido nada de ti desde que volviste. ¿Ha pasado algo?

Me acerqué a mi amigo y me senté en su mesa.

—Algo así. Hay algo que me gustaría enseñarte —poniéndome las gafas, saqué un ordenador portátil de mi bolso, lo encendí y le mostré la pantalla.

—Esto es...

—Efectivamente. Información sobre un nuevo tipo de planta —lo que le enseñé era la imagen de una flor que parecía haber adoptado una forma estrellada—. Ha crecido a partir de una semilla que conseguí en la Antártida.

—¿Está bien que me lo enseñes? ¿No te han prohibido contractualmente hacerlo?

—Si es con Miskatonic no pasa nada. Esta universidad es así.

Desentendiéndose por completo de toda culpa, giró hacia sí la pantalla del ordenador y comenzó a observar la información.

—¿Qué significa este 22?

—Veo que te has dado cuenta. Eso es... bueno, mejor te lo comento después —hice una pausa para ponerme a fumar un cigarrillo electrónico—. ¿Te importa que hable primero de esta flor estrellada?

—Por supuesto —dijo, dando un mordisco a una tarta de chocolate.

—Todo comenzó en la sede principal de la universidad, cuando estaba investigando sobre esta flor...

* * *

Fue hace cerca de medio año. Era mediodía y las campanas repicaban.

—Disculpe profesor Levian. Respecto a la muestra B-313... parece mostrar altos índices de inteligencia —le dije al profesor, entregándole algunos de los documentos.

Nos encontrábamos en un solitario pasillo, camino al jardín botánico

—Hmm... interesante. Parece que hice lo correcto dejándolo en tus manos.

—Entonces, ¿esta investigación se hará pública durante la próxima reunión?

—Bueno, respecto a eso... parece que no hemos conseguido financiación. Lo siento, pero, una vez que termines tus experimentos, habrá que deshacerse de todo.

Tardé unos segundos en asimilar lo que había dicho.

REFUGIO BIZARRO

—Un momento... ¿qué pasará con toda la investigación que se ha hecho hasta ahora?

—No nos queda otra que resignarnos. Esta universidad está teniendo problemas financieros. En unos meses volverás a Japón, así que quédate con los créditos y olvídate de todo lo demás —pronunciando esas palabras, el profesor se dirigió hacia el jardín botánico.

Tras estar un rato solo en aquel pasillo, la ira comenzó a hervir en mi interior como si de magma se tratase. Es por eso que, como venganza, decidí *plantarla*.

Regresé al laboratorio y me senté en la mesa donde había estado organizando los documentos esa mañana. Entonces, me dirigí junto a aquella flor y me senté frente al ordenador.

—Hola Sally. Hoy también estás radiante.

—¿Ha pasado algo, Shimasaki? Hoy te veo desanimado. Pero, a pesar de eso, te amo —su voz digital se transmitía a través del ordenador.

Cuántas veces le habré oído decirme «te amo».

—Me han dicho que me deshaga de ti... Jaja, de verdad que lo lamento...

Me pareció verla temblar ligeramente.

—No te preocupes, estoy muy feliz de haberte conocido. Te amo —respondió ella.

Una música relajante empezó a resonar por el laboratorio.

—Escuché sobre tu historia, pero, ¿qué hay de cierto en ella?

—Todo. El que gobernábamos este mundo, la lucha contra aquellas despreciables criaturas que llegaron a al planeta después, el que aquellos que nos servían nos congelaron en aquel lugar que llamas Antártida... todo —sus estrellados pétalos azules se tiñeron de rojo.

Había otra cosa que quería preguntarle.

—Aquella criatura a la que llamaste «Cthulhu»... ¿regresará?

—Sí, eventualmente. Por eso quiero dejarlo en manos de alguien... Por favor Shimasaki, sálvame. Si lo haces, podré proteger también vuestro futuro —su voz, a pesar de ser digital, rezumaba sentimientos.

—Por supuesto. Te voy a liberar para, así, poder salvar este mundo —tomada la decisión, me dispuse a hacer los preparativos—. De todas formas, me dijeron que me deshiciese de todo. No les importará que haga esto.

Diciendo esto, agarré su tiesto y salí silenciosamente del laboratorio, moviéndome por pasillos vacíos para evitar ser descubierto.

EL JARDÍN BOTÁNICO DE MISKATONIC

Al atardecer, llegué a un rincón discreto y apartado del jardín botánico. Con una pala, cavé un hoyo, trasplanté la flor y salí corriendo de allí. Sus «te amo» resonaban en mi cabeza.

—¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí! ¡Realmente lo conseguí! He salvado al mundo.

Dos meses después, coloqué una cámara junto a ella con la que la observaba en vivo desde mi casa. La planta creció en un abrir y cerrar de ojos, alcanzando el tamaño de un niño.

Con el tiempo, comenzó a desarrollar patrones de conducta interesantes, como devorar personas. De la misma forma que una mariposa se siente cautivada por una planta carnívora y es atrapada, así las personas sucumbían a ella y eran tragadas.

En lugar de experimentar terror ante ese espectáculo, me sentía como si estuviera dentro de una película. Estaba orgulloso de haber criado a Sally.

Decidí ir a verla el día antes de volver a Japón, pero creí que me devoraría al igual que a los demás. Por eso que me limité a regresar a mi país sin poder decírselo a nadie.

* * *

La luz del sol se filtraba en la cafetería, sonando de fondo el tintineo de esa campanilla que anuncia la salida por la puerta de un cliente.

Tras terminar de hablar, mi amigo me dirigió una mirada de extrañeza. Pero me conocía desde que éramos pequeños. Sabía qué tipo de persona era yo.

—Entonces, ¿qué ha sido de esa planta?

—Ni lo sé, ni me importa —contesté sin pensar.

—Típico de ti —reaccionó en tono jocoso a mis palabras—. Este 22...

—Efectivamente, es el número de personas que se ha comido.

—Lo suponía.

Los dos nos reímos. Pero, al momento, me vino a la cabeza un pensamiento.

—Ni se te ocurra decírselo a nadie. Este número en realidad solo hace referencia a las víctimas de Japón.

Por unos instantes, pareció que el tiempo se hubiera detenido.

—¡Jajaja! ¡Es demencial! ¡No perdamos el tiempo y vayamos a verlo!

—¡Por supuesto!

REFUGIO BIZARRO

Salimos de la cafetería, dirigiéndonos hacia el lugar donde se encontraba la flor, un espacio frondoso en la parte trasera de la universidad.

—Así que se trata de esta... impresionante.

Mi amigo se sorprendió. Comenzó a aproximarse a ella, sintiéndose atraído por ese color morado y esa forma estrellada, propios de una flor exótica.

—Oye Shimasaki. ¿Estás seguro de que esta flor devoró a 22 personas?

—Correcto. ¿Qué opinas?

—Bueno, es una planta grande, sí, pero no parece capaz de comerse a nadie. Además... ¿dónde está su boca? —se acercó aún más y tocó la planta.

—Esta flor no deja de crecer.

—Y, ¿cuánto más va a hacerlo? —dijo, arrimando su rostro.

—Lo suficiente como para ser capaz de tragarse un barril de cerveza pequeño.

—¿De verdad? Si es así, ¿no se descubrirá enseguida? Saldría incluso en las noticias.

Me alejé caminando, aprovechando que estaba totalmente distraído con la planta.

—¡Ahora! —le grité a alguien.

—¿Qué te ocurre? Estoy investigando. No es fácil ver una planta tan ra...

De repente, la tierra se levantó. *Te amo, te amo, te amo, te amo, te amo.* Un gran número de tentáculos emergieron del suelo y cubrieron su boca. Los ojos de mi amigo derramaron lágrimas de terror, implorando auxilio desesperadamente. Su cuerpo se vio envuelto en raíces y fue finalmente devorado por una gran boca que surgió de la tierra.

Cuando todo se calmó, un dulce olor inundó el aire. Al terminar su comida, la boca y los tentáculos se escondieron de nuevo bajo el suelo y, como por arte de magia, la vegetación volvió a crecer. La calma y la normalidad habían regresado al lugar.

—Ja, ja... ¡ja, ja, ja, ja! Qué estúpido...

Le entregué a mi amigo a la flor. Era mi única amistad, pero no me arrepiento. Ya se me han secado las lágrimas. Tengo que proteger al mundo de la amenaza inminente de Cthulhu. Es mi deber, tal y como me enseñó ella.

La flor se hará más grande.

Cuando todo termine, construiremos una gran casa.

Nos volveremos una gran familia, con muchos hijos.

Te amaré siempre.

EL JARDÍN BOTÁNICO DE MISKATONIC

Mi diosa.

Te amo, te amo, te amo.

Desde la sombra, fueron apareciendo personas vestidas con túnicas blancas. Y, juntos, empezamos a orar.

—¡Serä! ¡Serä! ¡Kereigyura!

—¡Serä! ¡Serä! ¡Kereigyura!



El corredor de las prohibiciones

POR YUKE KABULA

¿Acaso se había vuelto loco tras haberse visto reflejado en un espejo completamente esférico? ¿O, lentamente, fue perdiendo el sano juicio, tras el repentino descubrimiento de que se hallaba atrapado dentro de un horrendo y esférico ataúd de cristal, junto con ese reflejo?

—Edogawa Ranpo, *El infierno de los espejos*.



* * *

El viejo Shirotora se mesó el cabello, tratando de aguantar el estrés. Los malditos de Onigami seguían resistiéndose a que Byakko se hiciera con la hegemonía entre los círculos de ocultismo de la zona. Y, para colmo, mientras que Byakko era una organización respetable que trataba de preservar los principios del *onmyōdō*, los perros de Onigami se dedicaban a corromper las nobles prácticas de la hechicería japonesa, introduciendo rezos y rituales de origen occidental. Estos, en opinión del viejo, solo podían ser clasificados como una perversión de las costumbres y de la tradición.

Todo comenzó con aquel maldito *gaijin* que se presentó ante Shirotora pidiéndole que le dejara acceder a Byakko. En un primer momento, Shirotora aceptó, al fin y al cabo, ¿qué peligro había en acoger a un hechicero extranjero? Pronto conocería las costumbres, los ritos y las regulaciones de Byakko; no había duda de que, sabría amoldarse. Lo que nadie se esperaba era que ese perro occidental comenzara a intentar difundir sus propias doctrinas dentro del grupo e, incluso, a desafiar abiertamente a Shirotora. ¡Era inadmisibile! Cuestionarle a él fue el último error que cometería dentro de Byakko.

EL CORREDOR DE LAS PROHIBICIONES

El joven *gaijin* fue castigado y expulsado del grupo. Con él fuera, no sería difícil reinstaurar el orden y la disciplina. O, al menos, eso pensaba Shirotora. No mucho después, ese condenado hechicero reapareció, ahora al mando de un grupo de hechicería al que llamó «Onigami». Y el *gaijin*, casi a modo de burla, se cambió el nombre por uno que hacía referencia al folklore japonés: «Amanojaku». Era llamativo el hecho de que hubiera escogido precisamente ese nombre, pues era sorprendentemente apropiado para una rata traicionera como él.

El maldito Amanojaku no se contentó con crear Onigami, sino que, para echar más sal a la llaga, fomentó la discordia dentro de Byakko: mientras estuvo en el grupo de Shirotora, consiguió hacer algunos adeptos, que ahora se dedicaban a crear confrontación y a discutir a sus superiores. Algunos de ellos proponían fusionar el grupo con el de Amanojaku, mientras que otros, más audaces, llegaban a sugerir que lo mejor sería someterse y ser absorbidos por Onigami. La línea de actuación de Byakko era clara, tan siquiera plantear esas ideas discordantes era un desafío al líder. El viejo Shirotora tuvo que castigar a muchos de ellos; de hecho, habría llegado a deshacerse de algunos de los sublevados recurriendo a unas «maldiciones» que, con frecuencia, iban acompañadas por la inestimable ayuda de una bala de plomo. El anciano sonrió al pensar en ello. Cualquiera que estuviera investigando aquellas muertes creería que sufrieron un ataque de histeria y se dieron un tiro. Nadie sabría que detrás de ellas estaba el brazo ejecutor de Byakko.

Por desgracia, eso únicamente habría servido para atajar el problema interno, quedando muy lejos de resolver el conflicto con Onigami. Debían ser muy cautos, ya que Amanojaku era un maestro de la manipulación: si eran descubiertos recurriendo a medios más «humanos» que «mágicos», sin duda les acusaría de no confiar en su *onmyōdō*. Si, de este modo, conseguía probar que eran unos farsantes, ya habría demostrado objetivamente la superioridad de la magia sincrética de Onigami. El anciano maldijo y se mordió el labio. ¡Debería haber matado a ese sucio *gaijin* cuando tuvo oportunidad! ¡Debería haberlo mutilado más, azotado más! Cerdo ingrato, ¡debería sentirse honrado de que se le hubiera perdonado la vida!

Los de Onigami cada vez eran más audaces. Últimamente, habían comenzado a ofrecer sus servicios a algunos de los clientes habituales de Byakko. La fuente de ingresos del grupo peligraba, aquello era inadmisibile. Si la cosa seguía así, esa perversión híbrida ideada por

REFUGIO BIZARRO

Amanojaku se impondría acabando con la ortodoxia que, por tantos años, Byakko llevaba protegiendo.

Alguien llamó a la puerta. Dos golpes. Silencio. Tres golpes. Cuatro golpes. Shirotora conocía bien esa forma de llamar a la puerta.

—Adelante —gruñó Shirotora.

La puerta se abrió y Aki, la joven ayudante de Shirotora, pasó a la estancia.

—Shirotora-san, necesito hablar con usted —dijo la joven.

—Acercate —exigió el viejo.

—Pero, tengo que contarle...

—¡Acercate! ¡No estoy de buen humor!

Aki se aproximó sin protestar y se sentó junto al anciano. Los ojos de Shirotora brillaron con malicia mientras su mano exploraba el bonito cuerpo de la joven.

—¿Y bien? ¿Qué era lo que querías contarme? —preguntó el anciano, mientras sus dedos palpaban el pezón de la chica.

—Amanojaku ha propuesto una reunión con usted —dijo Aki, sin inmutarse—. No sabemos si es para darle un ultimátum o para negociar la tregua.

Aquello enfureció aún más a Shirotora. ¿Cómo tenía el descaro de proponer él una reunión? ¡Ese maldito advenedizo!

—Me está haciendo daño, Shirotora-san —dijo Aki.

Shirotora apartó su mano de la chica. Debido a la rabia, se había excedido, acabando por manosear a la chica con más violencia de la habitual. No... no podía dejar que el maldito Amanojaku sacase lo peor de él. Debía zanjar cuanto antes ese maldito feudo y deshacerse del usurpador.

—Necesito que reúnas al consejo de Byakko —sentenció Shirotora, recuperando la compostura. Debemos estudiar una forma de proceder.

—De acuerdo, pero antes, ¿necesita que le ayude a relajarse? —Aki puso la mano sobre la pierna del anciano.

Una sonrisa bobalicona apareció en el rostro del viejo. Sonrisa que, sin embargo, no tardó en desaparecer. No era momento para aquello. En cualquier otro momento hubiera aceptado con gusto; y es que, de hecho, muy habitualmente era él mismo quien le ordenaba que lo satisficiera de ese modo. Y, sin embargo, ahora no era el momento. Necesitaba mantener su

EL CORREDOR DE LAS PROHIBICIONES

determinación, su rabia; tenía que concentrar todos sus esfuerzos en purgar a Onigami de la faz de Japón. Si era necesario, estaba dispuesto a mancharse de sangre en nombre de su disciplina, de la ortodoxia del *onmyōdō*.

* * *

Los miembros del consejo de Byakko se reunieron en el salón del Tigre, una hermosa y amplia estancia repleta de estatuas, sedas y pinturas, destinada tradicionalmente a servir como escenario para el nombramiento de los líderes. Que la convocatoria fuera allí ya de por sí auguraba que se trataba de una situación excepcional, en aquella estancia tan solo se organizaban reuniones en momentos en los que existía una amenaza existencial para el grupo. Esto había sido así desde su fundación, allá en los tiempos de Abe no Seimei.

—Caballeros —dijo Shirotora, poniéndose en pie—, supongo que ya les han llegado las noticias.

—Eso me temo —respondió Sugisawa, uno de los hechiceros más ancianos del grupo—. Esto comienza a recordarme a aquello con lo que tuvo que lidiar su antecesor, Kojō.

—Espero que no esté insinuando lo que creo que está insinuando —intervino Odajima.

—Kojō, el de la tragedia de Sapporo —rememoró Shirotora.

—En aquel entonces y según cuentan los archivos, hizo falta un esfuerzo monstruoso para destruir las pruebas y evitar que se filtrara al exterior la información sobre el suceso —constató Odajima—. Además, le costó la vida a Kojō y a todos los *onmyōji* que le ayudaron en la preparación del ritual.

—Es una apuesta arriesgada, sí —comentó Tsukimoto el archivero—. Pero debo decir que poner en práctica algo como eso sería interesante. Hablamos mucho sobre nuestros orígenes, sobre nuestro *onmyōdō*; y, sin embargo, últimamente nuestros métodos se parecen demasiado a los de unos vulgares *yakuza*. Nosotros no somos *yakuza*, sino *onmyōji* y nuestras herramientas no son el puño y la pistola, sino nuestra hechicería.

—Así es —volvió a intervenir Sugisawa—. Provocar un incidente comparable a la tragedia de Sapporo haría que la gente volviera a temer nuestro *onmyōdō*. Se darían cuenta de que no son solo trucos de magia baratos, sino que conocemos el funcionamiento del cosmos y los *shikigami* siguen nuestros designios.

REFUGIO BIZARRO

—¿No sería hermoso si el gobierno restituyera la oficina de *Onmyō* y recuperásemos el prestigio que teníamos antaño? —fantaseó Amano, el de finanzas.

Shirotora se volvió a sentar, acariciándose el mentón.

—Pecas de ambicioso, Amano, pero comprendo eso que tanto tú como Sugisawa y los otros me estáis planteando.

—¡Pero es una locura! —interrumpió Toriyabe, uno de los más novatos— ¿No han escuchado lo que dijo Odajima?

—Sí, sí, lo he hecho —respondió Shirotora. He dicho que entiendo el punto, no que vaya a hacerles caso. Al fin y al cabo, no es una decisión sencilla y, si lo hago puede que incluso me cueste la vida.

—¿Acaso no está dispuesto a dar su vida por Byakko, como hicieron su antecesor y el antecesor de su antecesor?! —replicó Sugisawa.

—¡Lo estoy! —exclamó Shirotora— Daría mi vida... ¡lo daría todo por garantizar el futuro de Byakko! Pero ese es el punto, hay que pensar en el futuro. Acabaríamos con Amanojaku y restituiríamos nuestra dignidad, pero, si se repite lo de Kojō, las bajas van a ser abundantes.

—Mis disculpas, líder —respondió Sugisawa—. Creo que le malinterpreté, y mi tono no fue el adecuado.

—Disculpas aceptadas. Pero, ahora, tenemos que centrarnos en la citación de Onigami. Debemos decir que aceptamos, ya que, de lo contrario, parecería que lo tememos. Pero la reunión habrá de hacerse de acuerdo con nuestros términos. Ellos son los que desean reunirse, no nosotros, así que deberán acceder. Es por ello que seremos nosotros quienes fijemos la fecha y el lugar, eso no es negociable. Espero que hayáis tomado buena nota de lo que he dicho, porque ese ha de ser el mensaje que les ha de llegar.

El apoyo a la decisión del viejo Shirotora fue unánime, aunque sobre sus hombros habían dejado una decisión complicada, que implicaba la ruptura de un tabú. Tradicionalmente, los *onmyōji* invocaban y controlaban *shikigami*, algunos de los cuales cargaban con maldiciones poderosas, llegando a poner el riesgo el equilibrio cósmico. Es por ello que había que ser prudente y asegurarse de que las invocaciones no perturbasen a la naturaleza; de lo contrario, era posible que se volviesen contra el mismo invocador. Pero es que, si hacía lo que se había

EL CORREDOR DE LAS PROHIBICIONES

propuesto, lo que en su día había hecho Kojō... ahí la prudencia ya no tendría cabida. Aquello era como desafiar al universo mismo.

Antes de retirarse a sus aposentos, Shirotora decidió desviarse para visitar un lugar que tiempo hacía que no pisaba. Llegó ante una puerta con nueve cerraduras, que fue abriendo una a una. El portón cedió, dando paso a una pequeña escalera de cuatro peldaños que conducía al llamado «Corredor de las Prohibiciones». Tras asegurarse de que nadie lo seguía, cerró las puertas a sus espaldas y, con un sencillo encantamiento, hizo que las antorchas se encendieran. Aquel era el único lugar del templo de Byakko en el que no había luz eléctrica y también el único al que solo podía acceder el líder del grupo.

Las paredes del corredor estaban plagadas por ilustraciones de *oni*, antiguas y deterioradas, algunas de las cuales tendrían ya varios siglos. Aquella zona era la única que quedaba del templo original, manteniendo la función sagrada con la que fue levantada originalmente. Shirotora hizo una mueca al percatarse de la ironía de la situación. Originalmente, el grupo de *onmyōji* de Byakko se había constituido con la finalidad de proteger el sello que se encontraba unos metros más adelante, sello que, ya en su día, Kojō había roto. Y, ahora, se le planteaba a él la posibilidad —y tal vez la necesidad— de quebrantarlo una vez más. Sin duda, los líderes de Byakko habían resultado ser los peores guardianes que podían existir, profanando una y otra vez aquello que juraron proteger.

A Shirotora le generaba un gran rechazo la idea de saltarse aquel tabú. Pero, al mismo tiempo, podía ser la mejor forma de proteger al grupo y de vengar su honor, mancillado por Amano jaku. El anciano apretó los puños al pensar en ello. Trataba de ser racional y prudente, pero era humano... y sus instintos con frecuencia le jugaban malas pasadas.

Shirotora alcanzó el final del pasillo y se vio ante una puerta cubierta por cortinas. En aquel corredor no podía estar nadie, a parte del líder. Y, sin embargo, en él siempre había alguien.

—¡Yoruhime, maldita bruja! —exclamó el viejo— ¡Ven aquí!

—¿Qué modales son esos? —respondió una voz— ¿Así te diriges a la *Gran emanación de Tsukuyomi*?

Las cortinas se descorrieron, revelando a una joven vestida como una *miko*. Tenía los labios pintados de un color rojo intenso y sus cabellos oscuros enmarcaban unos ojos verdes. Shirotora evitó mirarlos directamente, ya que se rumoreaba que aquellos ojos eran los

mismos que habían enloquecido a Kojō, llevándolo a causar la infame tragedia de Sapporo. Si él decidía hacer lo mismo, no deseaba que fuera debido a la hipnosis de una condenada bruja.

—Sé que sabes por lo que estoy aquí —dijo Shirotora.

—Sí, y también sé que me temes —respondió Yoruhide, acercándose a él y tomándolo por el brazo.

Shirotora quiso soltarse, pero no podía. Su cuerpo no respondía, era como si se hubiera quedado paralizado. Pero no pensaba dejar que aquello le superase, se concentraría en proteger su mente.

—Eso no te va a funcionar conmigo —sentenció el anciano—. Yo no soy como Kojō.

—Oh, claro que no —Yoruhide acercó aún más su cuerpo, Shirotora podía sentir su respiración, su aroma, la calidez de sus carnes—. Tú no eres como Kojō. De hecho, tú eres peor que Kojō. Detrás de esa fachada humana solo se esconde un depredador... ¿O acaso me equivoco?

La respiración del viejo estaba acelerada, la sangre le iba a tal velocidad que sentía como si las venas le fuesen a estallar. Sin poder controlarse, pronto se vio abalanzándose como un vulgar animal sobre ella, para arrebatarse la ropa y hacerla suya. En menos de lo que dura un parpadeo, Yoruhide había desaparecido de allí, y el viejo se vio desollando a un zorro, arrancándole la piel con sus propias manos. Mientras, la bruja observaba desde lejos el espectáculo, una sonrisa traviesa dibujada en su rostro.

La escena cambió una vez más. Ahora, Yoruhide y Shirotora se encontraban en una sala con forma eneagonal, dominada por un ataúd de piedra, largo e inmenso como una mesa de comedor. La tapa estaba sellada por cuatro cadenas de bronce y por multitud de rollos de papel que portaban hechizos. Sobre el ataúd reposaba una caja de madera, albergando una serie de rollos manuscritos.

—Aquí yace el *shikigami* de Ashiya Dōman —murmuró Yoruhide—. Y, lo que ves sobre él, son vuestro mayor tesoro, los grimorios de Dōman, de los cuales no existen copias en el mundo. Si los usas y rompes el sello, podrás cumplir con tus deseos de castigar al usurpador.

—No dejaré que me convenzas, maldita bruja —respondió el anciano.

—Oh, no, yo no estoy aquí para convencerte, sino para sacar a la luz los deseos que hay en tu corazón.

EL CORREDOR DE LAS PROHIBICIONES

Yoruhime se dirigió hacia una de las esquinas de la estancia y pareció desvanecerse entre las sombras. Por su parte, Shirotora tomó la caja con los grimorios. De momento los iría estudiando, analizándolos minuciosamente. Así, en caso de que optara por esa alternativa, podría tomarla conociendo todas las implicaciones, todas las consecuencias. Es posible que, en el fondo de su turbado corazón, el viejo Shirotora ya supiera lo que iba a hacer.

* * *

Shirotora salió de sus pensamientos al escuchar los gemidos de la joven Aki, provocados por el ímpetu con la que las caderas del anciano la embestían. Yoruhime tenía razón: no era mejor que un animal. El mundo podía estar derrumbándose a su alrededor y él, al final, en lo que siempre acababa pensando era en cómo utilizar a aquella y a otras tantas muchachas para satisfacer sus propios apetitos. En el fondo siempre lo había sabido. Pero, la forma en la que la maldita bruja se lo había restregado por la cara le hizo sentir pura rabia, odiarse a sí mismo.

El anciano apartó a Aki y se dispuso a vestirse. Siempre hablaba de su orgullo, pero, de seguir así, ¿qué orgullo iba a quedarle? Recordó las palabras de Sugisawa en la reunión. Se suponía que debía estar preparado para defender Byakko, pero, al final, siempre acababa comportándose como un vulgar hedonista.

—¿Qué sucede, Shirotora-san? —preguntó la joven, mirándole con confusión— ¿Hoy... no he sido de su agrado?

—Para nada, tú has estado perfecta, como siempre —respondió el anciano, abrochándose la chaqueta—. Es solo que tengo muchas cosas en la cabeza.

La mirada de Shirotora vagó por la habitación, hasta toparse con la caja en la que se guardaban los grimorios de Dōman. Morir por Byakko... ¿eso limpiaría sus pecados? ¿Un pecado podría lavar otro?

—Vete de mi habitación —le dijo finalmente a Aki—. Necesito estar solo.

La chica asintió y, tras terminar de vestirse, se fue.

Vulgar, animal, salvaje, miserable, patético... «me odio a mí mismo», se dijo Shirotora. Incapaz de aguantar más, fue al baño y vomitó. Llevaba años así, años arrastrando por el suelo su nombre y fingiendo que todo iba bien. No era la primera vez que tenía una crisis como aquella. «me odio a mí mismo». Se preguntó si los anteriores líderes habrían pasado

por algo parecido. Si aquel Kojō habría sufrido lo mismo, antes de ponerle fin a todo al causar el fatídico incidente.

Pero no podía seguir así, no ahora. Debía mantenerse fuerte. Debía decidir qué hacer con el maldito Amanojaku, con los idiotas de Onigami. Había que preparar el banquete para la reunión.

En ese momento, Shirotora sintió una revelación. Nadie había hablado de un banquete, pero era una idea genuinamente buena. Pensamientos retorcidos pasaron por su cabeza. No iba a envenenar la comida, eso sería ir a lo fácil. Iba a hacer algo peor, algo más perverso. Ya de cometer una profanación, que aquella profanación se hiciese por todo lo grande, que quedara como una estampa para el recuerdo. El mensaje que iba a mandar sería recordado por generaciones. Y, además, por cómo y dónde habría de hacerlo, podría limitar la extensión del área sobre la que se desencadenaría la catástrofe.

Los ojos del anciano volvieron sobre los grimorios, a los cuales lanzó una mirada enfebrecida. Iba a ser divertido, sí... ya solo podía pensar en la cara que se les quedaría a Amanojaku y a sus perros cuando se desvelara el truco, cuando el *onmyōji* realizase su último gran ritual.

Shirotora echó a lavar su ropa, cubierta de bilis, y se metió en su bañera, un enorme pilón de madera en el que solía echar sales aromáticas cuando necesitaba relajarse. Tomó un frasquito con esencia de tusilago y lo derramó en el agua. En el lenguaje de las flores, el tusilago significa una necesidad apremiante de hacer justicia. El anciano no pudo reprimir una risotada atronadora. Tomó uno de los rollos de los grimorios y se puso a leerlo mientras se bañaba, teniendo mucho cuidado de no mojarlo.

El anciano sonrió. «La receta del éxito». Una broma macabra que se desvelaría a su debido momento. Mientras limpiaba su envejecido pero vigoroso cuerpo, Shirotora no pudo evitar pensar en Aki. A esa pobre chica le había arrebatado muchos años de su vida. Aunque había algo positivo en aquello: esa jovencita ya sabía más que nadie sobre el funcionamiento de Byakko, había estado junto a él mientras tomaba las decisiones más difíciles y mientras preparaba los encantamientos más complejos. Además, ella sabía tocar la flauta de Izumo. Esa chica... ¡sería la siguiente líder de Byakko! Era lo menos que podía hacer por ella. Además, hacía mucho que el grupo estaba liderado por viejos, puede que un poco de sangre nueva le viniera bien.

EL CORREDOR DE LAS PROHIBICIONES

Además, Aki había crecido estudiando y comprendiendo las máximas de Byakko. Sin duda, guardaría bien la ortodoxia, y probablemente se guardaría de caer en los innumerables errores que, tanto él como los demás viejos, sedientos de venganza y cegados por el honor, habían cometido e iban a cometer. Y hablando de esos errores, La pobre chica tendría que comenzar por solucionar el entuerto en el que iban a meter a todos. Debería hacerlo una vez que ya no quedara ni rastro de los perros de Onigami, eso por supuesto. Era una tarea compleja, pero ella tenía la flauta y, una vez que arreglara todo aquello, ya nadie se atrevería a disputar su derecho al liderazgo.

Shirotora sonrió, mientras seguía ojeando los manuscritos. Sin duda, Ashiya Dōman era un genio retorcido, ideando aquel ritual. Tomar a una fuerza de la naturaleza y pervertirla de aquella forma... cualquier practicante respetable de alguna forma de misticismo oriental se habría horrorizado. El anciano tomó un puro y lo encendió. Entonces, se paró en seco y se echó a reír de nuevo. «¿Desde cuándo fumo?» Ni siquiera sabía de dónde había salido aquel puro. Tal vez alguna de las chicas a las que solía llamar a su estancia lo llevaba encima, se lo habría dejado olvidado en el baño. Quizás incluso estaba usado, pero a Shirotora eso ya no le importaba. «Hedonista hasta el final» pensó. «A veces es complicado mudar las formas, cuando se llega a esta etapa de la vida».

Estas cosas y otras pensaba cuando se llevó el puro a los labios. Pero, falto de costumbre, se atragantó con el humo. El puro se le escapó de las manos y se precipitó al interior de la bañera. «Pues sí que es complicado lo de mudar las formas... casi tanto como aprender cosas nuevas» se dijo, viendo como el puro desaparecía entre la espuma. Definitivamente, Aki era la indicada. Ella no estaba lastrada por los achaques de la vejez. Aunque puede que en el fondo eso fuera lo de menos. Shirotora sentía que había contraído una deuda con ella y, de algún modo, deseaba saldarla.

En cuanto saliera de la bañera, debía llamar a Aki y exponerle su plan. Debía informarle sobre la responsabilidad que pronto recaería sobre ella. Al pensar en aquello, el anciano se sintió bien. Esto iba a ser, posiblemente, una de las pocas cosas buenas que habría hecho en su vida. De hecho, después de lo que iba a desencadenar, seguramente sería recordado como un terrorista, pues sobre él caerían todas las responsabilidades. Si querían garantizar el futuro de Byakko, Aki se tendría que asegurar de ello.

REFUGIO BIZARRO

Se paró a pensar, ¿debía avisar a los demás miembros de la cúpula de lo que iba a hacer? Shirotora sonrió. No. Se los llevaría con él, era mejor así. Desaparecerían junto con los altos mandos de Onigami. Allí, todo giraba en torno a la figura de Amano jaku, así que, al cortar la cabeza, la serpiente dejaría de morder. Pero, en el caso de Byakko, incluso decapitado, conseguiría resurgir. Ya lo habían hecho más veces, cuando ocurrió hace tanto tiempo la tragedia de Sapporo, el grupo también había quedado totalmente desestructurado. Pero renació de sus cenizas. «Más que Byakko deberíamos llamarnos Suzaku» bromeó Shirotora para sus adentros.

No era solo era legar el cargo a Aki, debía dejar atado cómo iba a componerse el nuevo núcleo duro del grupo. No. Eso no debía hacerlo él. Debía confiar en Aki, ella sabría rodearse de gente de fiar. Seguramente lo acabaría haciendo mejor de lo que él lo habría hecho.

Shirotora salió de la bañera, se secó y se puso ropa limpia. Era irónico, nunca romper un tabú se había presentado como una opción tan apetecible. Aunque llevaba toda su vida siendo un hipócrita. Aquello solo sería el colofón a su trayectoria, un colofón apropiado y coherente.

El anciano hizo llamar a Aki. Esta vez no habría nada sexual. No volvería a profanar ese hermoso cuerpo juvenil. A partir de ahora, esa joven era dueña de su destino, en ella iba a recaer el futuro de Byakko. Ya ahora solo quedaba fijar una fecha para aquella reunión, para aquel banquete. La bajada del telón y el comienzo de una nueva obra, una obra que superaría a aquella tragicomedia que Shirotora llevaba toda su vida representando como el más mediocre de los actores.

* * *

Al llegar el día acordado, los líderes de Byakko y de Onigami se reunieron a la entrada del templo de Byakko. A Shirotora le resultó nauseabunda la actitud altiva de Amano jaku, pero trato de aparentar normalidad y guardar la compostura. Aun así, no debió ser capaz de reprimir por completo el gesto de desagrado, ya que el maldito *gaijin* esbozó una sonrisa con aire de burla. Debía estar regodeándose al pensar en que ahora podía mirar a su anterior líder cara a cara y de igual a igual. En caso de que a Shirotora le quedase alguna duda, aquel comportamiento soberbio que exhibía su oponente hizo que toda posible vacilación se evaporara. Ahora era personal, pronto le arrancaría esa mueca sardónica del rostro. Todo el

EL CORREDOR DE LAS PROHIBICIONES

mundo del *onmyōdō* recordaría el día en el que el tigre le hincó el diente al demonio extranjero.

Era, irónicamente, la soberbia de Amano jaku el principal garante de que el plan iba a salir bien. Todos los asistentes serían conducidos al lugar del banquete y, por motivos de seguridad y confidencialidad, habrían de tener los ojos vendados, no pudiendo retirarse la venda hasta haber llegado al lugar del convite. Cualquier persona en su sano juicio hubiera desconfiado y, muy comprensiblemente, se habría negado en rotundo. Sin embargo, Amano jaku no era como cualquier persona. Se creía intocable, invencible. Y puede que, en circunstancias normales, lo fuera. Pero la situación que Shiro tora iba a forzar... no habría cosa más apartada de la normalidad que aquello.

Como corderos dirigidos al matadero, Amano jaku y los cabecillas de ambas facciones fueron conducidos por Shiro tora hacia una puerta con nueve cerrojos y una escalera de cuatro peldaños. «Esta vez, esos tales *Azathoth*, *Magnum Innominandum* y los demás dioses falsos a los que adoran los de Onigami no podrán estar allí para salvarlos» pensó el anciano, sonriendo con malicia. Todos desfilaban ciegos por el Corredor de las Prohibiciones, como un *Hyakki Yagyo* funesto, en el que el único que conservaba la vista, el único que conocía el destino, era Shiro tora. El anciano se regodeaba, consciente del sino que les esperaba y percatándose de lo poético de la situación. Todos, cegados por sus inquinas, por su ambición, habían cerrado sus ojos a la Verdad. Y, ahora, él era el único que los tenía abiertos. Le recordó a aquellos ensalmos del Emperador Inmortal que había leído en su momento y que criticaban la vanidad humana. Sí... aquella panda de vanidosos pronto iba a recibir aquello que les correspondía.

Las imágenes que adornaban la pared, aunque mudas, eran los únicos testigos de aquel desfile que habría de dar paso un banquete funerario que, según creía la mayoría de los asistentes, no habría de ser más que un tenso encuentro social, en el que, como mucho habrían de rodar una o dos cabezas, si la cosa se complicaba. Shiro tora se deleitaba cavilando y tratando de averiguar qué podría ser lo que a sus compañeros y adversarios se les estaba pasando por la cabeza en aquel preciso momento. Seguramente alguno de los de Onigami, quizás el mismo Amano jaku se creyera que el objetivo de aquel largo recorrido ciego era desconcertarlos y desequilibrarlos. Y puede que, en verdad, así fuera.

REFUGIO BIZARRO

Finalmente, llegaron ante unas cortinas, a través de las cuales el anciano hizo pasar a todo el séquito. Y, una vez dentro, permitió que se quitaran los vendajes de sus ojos. Se encontraban en una sala eneagonal, muy espaciosa, con una inmensa mesa de banquetes en medio. Estaba cubierta con un mantel aterciopelado, sobre el que Shirotora había colocado personalmente la mejor cubertería y la vajilla más delicada. Amanojaku no pudo evitar que su rostro exteriorizase una ligera sorpresa, aunque logró disimularla rápido. En su cabeza, aquello era un campo de batalla. Y Shirotora lo sabía.

Muy astutamente, Shirotora hizo sentar a Amanojaku justo a su lado. El efecto psicológico que se produce cuando dos intermediarios se encuentran cara a cara es de confrontación, mientras que, al estar al lado, la sensación es de equiparación entre ambos, de mayor distensión. En realidad, no importaba como fluyera la conversación. Nada importaba en realidad. Aquello era ya poco más que una pantomima. Pero Shirotora quería mantener ese aire de planificador minucioso y casi paranoico que tanto le caracterizaba; de este modo, ni Amanojaku ni nadie podría ni tan siquiera intuir sus verdaderas intenciones.

Los invitados se sentaron y pronto una mujer comenzó a servir el vino. Era una chica de ojos verdes a la que tan solo Shirotora conocía. La cómplice sobrenatural y necesaria de aquel número de magia infernal. Para sorpresa de nadie, antes de que las personas de mayor importancia probaran el vino, se lo dieron para catar a otros. Fue una vez que comprobaron que no había veneno ni ninguna otra clase de truco cuando todos comenzaron a beber y brindar con normalidad.

—Jamás pensé que podrías ser tan buen anfitrión —dijo Amanojaku, llevándose la copa a los labios—. Aunque, ¿sabes qué? Echo en falta a tu favorita, esa chiquilla... esto... ¿cómo se llamaba?

—Aki —respondió secamente el anciano—. No te hagas ilusiones, no va a venir.

—Qué sorpresa. Supongo que no querías que estuviera aquí mientras hablan los mayores ¿verdad?

—Es posible —Shirotora sonrió enigmáticamente—. Pero, por ahora, disfrutemos del convite. Las conversaciones de negocios pueden esperar al postre.

Amanojaku se encogió de hombros. No fue mucho después cuando la misteriosa camarera regresó para traer las cartas con el menú. A todos se les hacía la boca agua tan solo de ver lo que prometían: mezclaban lo mejor de la comida *kaiseki* con lo más exótico y variado de la

EL CORREDOR DE LAS PROHIBICIONES

occidental. Era el menú perfecto, planificado al milímetro, preparado para contentar a cualquier paladar. Hubo incluso personas de Onigami que no pudieron sino felicitar a Shirotora por preparar semejante selección de alimentos.

Pero lo más importante de todo: estaban tan ensimismados leyendo pormenorizadamente cada ingrediente, cada especia que llevaban los platos, que no prestaron atención a lo singulares que eran los nombres de los platos. Nombres cuya elección no había sido en absoluto aleatoria.

—Sé que no vas a responderme a esta pregunta —dijo Amanojaku— pero, ¿es posible que en realidad este lugar esté dentro del templo de Byakko?

—Puede —respondió crípticamente Shirotora.

—Me lo tomaré como un sí —respondió el *gaijin*.

Shirotora mostró una sonrisa dentada. Amanojaku no pudo evitar sentir un escalofrío, era la sonrisa de un depredador. Y, en los pequeños y amarillentos ojos del anciano, refulgía la locura.

—Pues, tomándolo como un sí, habrías acertado —dijo el viejo—. Pero no estamos en cualquier parte del templo, oh, no. Esta es una sala muy «especial».

En otro lado de la mesa, la camarera se disponía a apuntar los pedidos.

—Póngame uno de Que la luna contemple nuestros lamentos.

—Y a mí uno de Y los lobos laman nuestras llagas.

Amanojaku miró a Shirotora.

—No sé qué estás tramando, pero esto no te va a salir bien.

—¿Ah sí? —Shirotora miró a su alrededor, sonriendo— Es tarde para eso. Ya ha empezado.

La camarera seguía tomando nota.

—Para mí una de Que la larga noche nos arrastre a la tiniebla.

—Y se haga la voluntad de aquel monarca escarlata.

—El brujo antiguo verá cumplido su cometido.

—Cuando el lazo encarnado afloje su abrazo.

De pronto, algo se movió bajo el mantel. Hubo un estallido y una cadena salió lanzada desde debajo, con tal violencia que decapitó a Tsukimoto, el archivero, así como a un

REFUGIO BIZARRO

miembro de Onigami que se sentaba a su lado. Sin embargo, nadie pareció inmutarse, sino que siguieron pronunciando aquellos extraños «pedidos».

La bestia se sacude, ya no quiere dormir.

Confinada por voluntad de hombres impíos.

Que se alce aquello que no merece ya existir.

Otra cadena salió despedida, llevándose por delante a más gente. Allí llegaba a su fin la vida de Sugisawa, miembro de la facción más conservadora de Byakko.

—¿Qué es todo esto?! —rugió Amano jaku, aunque sin moverse y con la atención puesta en la mesa, temiendo que algo más saliera de debajo.

—¿Has oído hablar de los grimorios de Dōman? —Shirotora parecía presa de un fervor demoníaco— Al leer la carta, en realidad han caído en la trampa del *onmyōji* renegado. Es como si estuvieran leyendo el mismo grimorio y preparando la liberación de aquella criatura. ¿No es maravilloso? Aquí, todos juntos vamos a romper un tabú.

—¿De qué estás hablando?!

El demonio ya mira al cielo, enrabiado.

La madre luna bendice su colera.

Sus garras rasgarán los cielos,

no le retendrá tumba

—Del shikigami de Dōman —respondió Shirotora—. En realidad, no es un shikigami convencional. En cierto modo es un desafío a las leyes de la vida y de la muerte. Dōman no quería morir, así que vinculó su alma a un ser inmortal. Así, teóricamente, el no moriría. Teóricamente.

La rabia, el fuego, bailaran sobre la tierra

El monarca lo verá desde su palacio

El ojo de la luna observa desde el cielo

La fiera famélica ruge desde la tierra.

EL CORREDOR DE LAS PROHIBICIONES

—...Y digo teóricamente porque lo que ocurrió es que, como todo ser vivo, cuando llegó su hora Dōman dejó de vivir. Pero, al mismo tiempo, no murió. Y, la criatura, con la que compartía alma, experimentó el mismo destino. Ahora, su misma existencia es una contradicción.

Una tercera cadena estalló, con sus eslabones saliendo propulsando en varias direcciones e hiriendo a varios de los presentes.

—La criatura estaba viva y muerta al mismo tiempo. Y, también al mismo tiempo, aquella criatura era y no era Ashiya Dōman. Es como si el *shikigami* hubiera sido herido a nivel conceptual, su esencia había sido contaminada y entraba en contradicción con la naturaleza misma de la realidad, que lo rechazaba. Nadie puede comprender el dolor que debe estar experimentando.

Levántate, sello, abre el camino,
Al aborto del Jigoku,
al exiliado del Paraíso.
Atado con cadenas de llama y carne.

—Pero, ¿sabes qué? Hay una cosa que hace que el dolor amaine: la sangre humana. El problema es que es un alivio pasajero y pronto necesita más. La triste ironía es que, por mucha sangre que consuma, su sufrimiento no terminará. Es poco más que un placebo.

—¡Estás loco! —rugió Amano jaku— ¡Nos vas a condenar a todos!

—No, a todos no —respondió Shirotora con una tranquilidad pasmosa—. Fuera del templo está esperando Aki. Ella tiene la flauta, sé que podrá detenerlo. Aunque tiene órdenes de no intervenir hasta que la criatura salga de esta sala. Luego volverá a sellarlo, aunque no sin antes permitir que arrase una población o un par de ellas. Que la gente se sienta impotente. Y entonces llegará ella, como una heroína, y los salvará a todos. ¿No te parece un guion magistral?

—¿Qué coño te ha pasado en la cabeza?! —Amano jaku se mostraba desesperado, sintiendo como algo se sacudía cada vez más debajo de la mesa— ¡¿Por qué estás haciendo esto?!

Shirotora se llevó la mano al cabello, acariciándose una última vez.

REFUGIO BIZARRO

—No lo sé —respondió—. Aunque, he de decir, que se me ocurre una pregunta mejor: ¿Cuánto tardará el *shikigami* de Dōman en sacarnos a nosotros, actores miserables, fuera de este escenario en el que ya no merecemos estar? Y, ¿será de su agrado el festín?

Amanojaku se disponía a replicar algo, pero fue en ese momento cuando, para su espanto, la cuarta y última cadena se hizo añicos. La pesada losa de piedra que había servido como mesa saltó por los aires, al tiempo que un bramido iracundo e inefable hacía retumbar la estancia. Los cubiertos ahora estaban por el suelo y la valiosa vajilla se había hecho añicos. Pero ya nada de eso importaba. Pues ahora comenzaba el verdadero banquete.





POR CARLOS RUIZ SANTIAGO

*¡Del vientre oscuro del deseo y la carne
florece una maldición antigua!
En las calles eléctricas del Japón
moderno, los dioses olvidados vuelven a
tener hambre.*

* * *

La luna es tan blanca que parece brillar más que el sol. Sus contornos curvilíneos se dibujan en la noche despejada e insondable como una mancha de café. Un glaucoma con algo de mágico sobre un tapiz necrosado que se difumina con los neones de la ciudad. Gotea su estela inabarcable sobre la ciudad como pintura corrida por dedos demasiado grandes, por ojos demasiado ciegos. Se filtra hasta el interior de un club abarrotado un viernes por la noche.

Allí dentro, la noche está rota por haces de luz estroboscópicos de colores entre el verde y el violeta que tiñen los rostros pálidos y jóvenes que danzan al ritmo de instrumentos solo a medio camino en el mundo físico. El golpetear electrónico retumba en cientos de tórax que se mueven arrastrados por el ritmo. Una barra translúcida agolpa cuerpos y copas rellenas de líquidos multicolores. Un zumbido acude desde los altavoces del techo y se deriva en las pantallas que emiten imágenes que nadie mira.

El aire huele a sudor y hambre. Entre los cuerpos que se agolpan y rozan entre brinco y risas hay uno que destaca. Una chica esbelta con el pelo muy largo y oscuro, con curvas en cada contoneo de su cuerpo. Lleva un vestido rojo, iridiscente, llamativo. Al contonearse cruje, como si su piel fuese tensa y quebradiza, aunque nadie lo escucha tras la música. En

REFUGIO BIZARRO

los huecos entre la sonrisa carnosa y la piel de porcelana se avistan bultos que suben y bajan y eccemas escamosos que las luces parpadeantes no dejan ver.

Un chico se acerca, otro más, y ella se acerca a él. Es alto, fibrado y con cierta decisión en la mirada. Se pegan y se besan. La danza los arrastra como la corriente al mar profundo. Fuera de la discoteca a el chico le parece que la funesta belleza de la desconocida es aún más vibrante.

Se miran. Incluso para ser japonesa sus ojos son grandes. Como lunas, se le ocurre pensar. Se agarran con el retumbar sordo de la música aun en el oído interno. Se buscan y se encuentran entre pliegues de ropa. Se unen, se enmudecen. Se cazan.

El ritmo sube, el sudor aumenta. El de él, ella no parece sudar, no es capaz. Le muerde el cuello. El placer sube.

Se miran. Lo irremediable del acto, lo rítmico del movimiento. Ojos grandes ella, con pupilas finas. El cerebro abotargado de placer de él.

La joven abre la boca. La lengua sale. U otra cosa. Algo blanco, grande. Algo que mira con ojos de ámbar fosilizado. Algo que gira una cabeza, con curiosidad. El encantamiento se rompe.

El chico se aleja. No a tiempo. Se retuerce en el suelo mientras un par de formas se ensortijan, adentrándose en su fina piel. La sangre baña el suelo, espesa mermelada burdeos. Nota las venas sobrecargarse y reventar como una manguera anudada, los órganos revolverse como niños con pesadillas.

Formas lo recorren por dentro. Siente que debería morir, pero no encuentra la manera. Se comba sobre sí mismo, se parte y agrieta mientras trozos de carne y vísceras son arrojados de él. Esquirlas de hueso salen disparadas a presión, el cerebro se licúa en una pasta viscosa.

Aún no muere, no puede. Cachos de sí mismo se agitan en un impulso demasiado consciente. No deja de agitarse. No puede. La muerte es un mito, la muerte está muerta y ahora se enfrenta a las consecuencias.

Un pedazo rasgado y ajado de rostro del joven mira como una chica que no es con quien había salido lo mira fijamente. Tras de ella, las estrellas comentan la jugada y la luna parece parpadear. Detrás de todo aquello, en el cosmos pulsante, algo le devuelve la mirada.

Formas reptan de entre sus restos. Incapaz de mover ningún pedazo de si, de gritar o llorar, contempla la escena. Continúa incapaz de morir.

Lo dejan solo ante una eternidad blanca como la luna.

* * *

Keiko saca la cabeza del váter entre toses estertorosas. Se apoya sobre el inodoro mientras nota las náuseas subirle como un calambrazo por la columna. Vomita un reguero de agua sucia, aun entre horrorosas toses. En ningún momento deja de escuchar las risas, por mucho que sus pasos se alejen.

Se levanta por fin y oye como le cruje la espalda. El acordeón de chasquidos la acompaña todo el camino, a coro con el golpear hueco de sus zapatos en el suelo de baldosas azuladas. Camina bajo techos altos, cruzando entre otros alumnos ajenos a ella y a los demás. Espectros entre espectros, fantasmas más allá del muro.

Sube las escaleras esquivando las muchedumbres y llega la planta superior. No cruza demasiada gente por ahí y eso restaura parte de la calma que le habían arrebatado. Se apoya en la barandilla y deja que el agotamiento la consuma un poco. Se siente como una niña arañando las paredes de una cárcel de corcho. Corcho, aislantes, gris, vacío. Ligero e impenetrable, sí. Corcho.

Levanta la cara y mira a través del ventanal. El club de música está ensayando en la parte baja, todas chicas uniformadas de su edad. Michiko está delante del grupo, tocando una flauta travesera mientras de contonea, distraída, a su propio ritmo. Tiene las piernas largas y la piel tersa tan blanca que contrasta con el largo pelo oscuro. Si no estuviera soplando por la flauta sonreiría y la deslumbraría. Keiko no puede evitar que se le escape un suspiro plomizo.

—Es perfecta, ¿eh?

Mira hacia su derecha y se apoya junto a ella Akane, con sus gafas de cristal grueso y su pelo grasiento bien recogido en un moño. No la ha escuchado acercarse, pero ella es pequeña y delgada como una hoja seca, así que no le extraña

—Es guapa. —se limita a responder Keiko.

—Es más que eso —continúa Akane. No parece estar metida en la conversación sino pensando en voz alta—, la muy cabrona lo tiene todo.

—Tampoco tienes que ponerte así.

—Me dirás que es justo. —Akane la mira con la indignación tatuada.

—¿El qué?

—Míranos, Keiko. Mírala a ella. Dime la verdad, tía.

A Keiko aquello le resulta medianamente ofensivo, pero no tiene muchas amigas, así que decide pasarlo por alto. Akane, a fin de cuentas, no es más que otra costra entre los grupúsculos sociales del instituto, sobreviviendo como puede. Se limita a encogerse de hombros y Akane le bufa.

—De verdad.

—No sé qué quieres que te diga, Akane. Hemos tenido mala suerte, supongo.

Akane asiente con lentitud. Piensa algo, el brillo en sus gafas lo tapa, pero Keiko la conoce lo suficiente. Desde que tienen cinco años se han escudado la una a la otra, más por supervivencia que por amistad y conexión real. Más por respirar que por quererse.

—Tienes el pelo mojado —suelta Akane.

Un chispazo le vergüenza logra reactivar a Keiko, que se toca un mechón para confirmar la afirmación.

—Déjalo —acierta a decir.

—Si, ya. —Akane vuelve a guardar silencio y masticar pensamientos. Keiko le deja hueco hasta que se atreviese a soltar lo que quería decir. De mientras, mira a Michiko. Al final habla, claro—. ¿No te enfurece todo esto? ¿Toda esa... suerte?

—¿A qué viene esto? —Keiko responde, dándosela la vuelta y mirando a su compañera. Esta le retira la mirada a intervalos.

—Creo que he encontrado la solución —susurra.

—¿Cómo? ¿La solución a qué? ¿A qué se metan con nosotras?

—Si —dice. Luego se apresura a añadir—. No. A todo, tía.

—¿De qué hablas? Ves muchas películas americanas.

—¡No, escúchame! —Akane mira alrededor, temerosa de haber llamado la atención, aunque ningún fantasma se asoma a cotillear. Prosigue entre murmullos—. Tienes que venir a mi casa. He conseguido algo que nos va a cambiar la vida.

Le agarra las manos a Keiko y la mira con desespero. Tiene ansia, algo que soltar solo por afianzarlo a la realidad, contárselo a alguien para que trascienda en el tiempo. Keiko no cree lo que oye, pero sabe que se necesitan, así que acepta ir a verla después de clase.

SANGRE DULCE

En la siguiente clase la sientan junto con Michiko y hacen un trabajo de química juntas. Es simpática y Keiko nota su cercanía. Se pregunta si, tal vez, aquella mágica solución de Akane estaba empezando a funcionar.

Tal vez, solo tal vez, no toda tenía que salir mal siempre.

* * *

La primera vez que Keiko habló con Akane eran ambas niñas pequeñas. Keiko le había dado una flor a una niña de su edad, le había dicho que era bonita. Visto en retrospectiva no fue más que una bobada de críos, pero eso bastó. La clase entera se rio de ella, la llamó bollera y le tiraron cada pedazo de basura que encontraron. La sensibilidad huele a carnaza para gente así.

Keiko se había ido corriendo y había encontrado un lugar más o menos calmado sentada junto a Akane. Ella era una niña de una familia muy pobre. Siempre vestía con ropa vieja, muy remendada y mal conjuntada y no olía muy bien. También era lista, astuta, llena de rencor. Vinieron a por ella y Akane les gritó cosas hasta ponerse roja, pero eso solo aumentó las mofas.

Ese día, sin saberlo, quedaron unidas en el barco de los parias, a la deriva.

Para llegar a la casa de Akane hay que montar en el metro casi cuarenta y cinco minutos y todavía queda un buen rato de deambular calle abajo. Casi falta escarbar en el asfalto mal cuidado y el limo de las lluvias que las alcantarillas eructan. La casa era un edificio bajo y chaparro bajo un comercio. Paredes blancas y desconchadas dividen una casa pasillera.

El cuarto de Akane esta oscuro, algo más maloliente de lo habitual, más penetrante que el típico tufo a verdura hervida que suele llevar. Tiene montones de libros e incluso más cuadernos pintorrequeados, esparcidos con preocupante desorden. Akane le dice que se siente y Keiko aparta un libro de herpetología (¿desde cuando le interesa eso?) de la cama y obedece. Espera con una inquietud mal disimulada mientras Akane le da la espalda, rebuscando una caja bajo un montón de ropa sumergida entre colchas gruesas.

Palmea la cama, distraída. Todo a su alrededor parece moverse, muy poco, lo justo. Le recuerda a una de esas ilusiones ópticas que comienzan a danzar a paso inseguro en tu cabeza

y que dejan de hacerlo en cuanto enfocas la vista. Akane se da la vuelta y le enseña algo rígido que ocupa palmo y medio en su mano. Es una estatuilla de piedra.

Antaño tuvo que estar pintada, porque aún reconoce retazos de rojos y verdes apagados, pero tiene aspecto tosco y vetusto que la ha deteriorado. Se trata de una especie mujer exuberante con el cabello negro. El abdomen y las piernas son sustituidos por los de una gran serpiente y, rodeándola y enrollándose por su vagina y pechos, hay serpientes que sonríen. No lo hacen con un ardid cómico o cartunesto, sino como si un reptil fuese capaz de sonreír. Keiko no sabe que algo inerte puede generarle ese frío en la nuca.

La figura estaba ajada por el tiempo, con raspones notables e incluso con una de las serpientes rota y descabezada. Los rostros que quedaban tenían gemas rojas en los ojos y la mujer azules. No sabría decir de que piedras se trataban, pero brillaban con un contrasta que se le antojaba macabro. Quizás fuese su reflejo deformado en las diminutas gemas o puede que la expresión entre el éxtasis sexual y religioso del rostro de la figurilla, pero aquellos ojos pétreos parecían mirar a fijamente. A ella, a través de ella.

Keiko se endereza en la cama. Cree oír algo arrastrarse, viscoso, a su espalda. No se gira por decoro, pero no puede evitar el escalofrío que le latiga la columna. Vista con algo de distancia, se da cuenta de que la mujer serpiente no está apoyada en una roca, sino en algo más cuidadosamente tallado. Se fija bien. Calaveras, eso son calaveras.

—No entiendo, Akane.

—No, claro que no —Akane deja la figurilla en su escritorio y coge la silla para sentarse frente a su amiga—. Hace como dos o tres meses me topé con una página web de lo más rara. Fue de casualidad, no estaba buscando nada en particular. Apareció entre las búsquedas, en un anuncio. No sé. Parecía una web del internet antiguo.

—¿Internet antiguo?

—Ya sabes —respondió Akane, moviendo las manos en círculos—, el internet de los noventa y principios de los dos mil. Estas páginas raras que había antes de que todo el mundo se metiera en Twitter e Instagram. Foros, webs raras con dominios de sitios lejanos que hablaban sobre el puto tema más específico del mundo, mini juegos en flash, ¿sabes lo que digo? Bueno, da igual, no es lo importante. Era una web rara, quédate con eso, con un símbolo extraño.

—¿Y que había?

SANGRE DULCE

—Compra y venta.

—¿De qué? —titubeó Keiko.

—Eso era lo interesante. —La emoción de Akane resulta tan palpable como repulsiva—. Vendían cosas extrañas. Extrañas de verdad: sangre de demonio, videos de posesiones, trozos de ovnis.

—Suenan a frikada.

—Lo suenan, pero se veía distinto. No sé, era como un sitio pequeño para vendedores especializados. Nadie se promocionaba mucho, todo el mundo era muy reticente. A mi me hicieron muchas preguntas cuando me interesé por esto.

—¿Por la estatua? ¿Por qué tanto rollo con ella?

—En el post de venta ponían un trozo de esto. —Detrás de ella saca una cinta VHS antigua con la pegatina arañada.

—¿Qué es eso?

—Te lo voy a enseñar y lo vas a entender todo, Keiko. Vas a flipar. —Se gira y configura un aparato mientras mete la cinta—. Fue un poco jodido porque no esperaba que estuviera en VHS, pero mis padres tenían un reproductor de cuando yo era pequeña y lo pude rescatar.

Coloca la cinta, baja las persianas y se sienta en la cama junto a Keiko. Esta la mira y ve reflejado en los ojos de su anfitriona un azul que no parece a ningún otro. Un azul ignoto, de lejos, de más allá del más allá.

Tras unos segundos de negro, el monitor reproduce una imagen granulada. Es una chica morena, joven, con una densa melena muy oscura. Tiene la cara llena de granos unos dientes amarilleados, muchas ojeras y las manos llenas de cortes. Graba desde tan cerca de su rostro que Keiko cree poder olerle el aliento. Está hablando a la cámara en un idioma que Keiko no reconoce.

—¿Qué idioma está hablando? —pregunta Keiko.

—Hindi. O algo así. Yo tampoco la entiendo, pero da igual. Tu mira.

La chica se pasa un buen rato hablando antes de alejarse de la lente. Está en un cuarto, paredes amarronadas y aspecto diáfano. En una pequeña mesilla, uno de los pocos muebles, hay un manchón negruzco que Keiko tiene que esforzarse en darse cuenta de que es la estatuilla. La chica sigue su diatriba nerviosa, señalando a la estatua, a ella y a la cámara. En

cierto punto se calla, se coloca frente a la efigie y empieza a salmodiar algo. Los labios de Akane la siguen en una plegaria muda.

El ritmo del cantico aumenta hasta que, al final, se muerde un labio y escupe sangre a la figura de piedra. Keiko arruga el rostro. Todo permanece en silencio. Cuando Keiko está a punto de levantarse y regresar a su casa, percibe algo. La cámara es de mala calidad y el granulado de la imagen es muy grueso, pero percibe un movimiento en la imagen. Dos pequeñas figuras blancas y oblongas surgen de la estatua. No hay hueco, tampoco la rompen. Simplemente no existían en un punto y si en el siguiente. Se arrastran cada vez más rápido.

La chica hindú sucumbe a una risa nerviosa mientras los ve. Parecen gusanos, pero Keiko tiene un palpito. Son serpientes. Estas caen en sus muslos y se hunden en la piel. La calidad de la imagen no deja distinguir mucho, pero ve caer un par de hilos de sangre. La quietud vuelve. La chica está mirando a la estatua, aunque le dedicada una mirada furtiva a la cámara para comprobar que sigue grabando.

Entonces, se arquea. No es un espasmo, sino algo más fuerte que parece que tira de ella y la arruga como un clínex usado. Si no llevara camiseta, Keiko está convencida de que vería dos puntos de piel estirada en la espalda, como pinzas. La tensión en su cuerpo se vuelve extrema. Se mantiene, temblorosa. Le sangra la boca, también la nariz, los oídos y los ojos. Keiko está a punto de apartar la mirada.

—Joder, ¿qué es esto, Akane?

—Sigue mirando, ya verás —contestó sin mirarla.

—¿Son efectos especiales? ¿Es una película o algo así?

—No. Tú mira.

Después se oye un crujido como alguien cayendo por una escalera y la columna de la joven del video se desencaja en una docena de puntas. Un borbotón de sangre muy negra sale de su boca. Keiko no puede reprimir un grito.

—¡Akane! Esto es...

Sin dejar de mirar, su amiga la agarra por los hombros.

—¡Mira!

La columna se repone y la chica se yergue. Ahora todo se revuelve y burbujea en su interior. Su piel es un río de plástico fundido. Keiko contempla el macabro espectáculo desde los huecos entre sus dedos. Cuando acaba, delante de la cámara ya no está la chica que

empezó. Es más alta, la piel es limpia y los rasgos suaves, el cuerpo curvilíneo y la sonrisa envidiable. La hindú vuelve en sí, se mira en el visor de la cámara y se ríe y da saltos como una preadolescente. Keiko queda congelada sin dar crédito a nada de lo que ha visto.

—Es imposible.

—No lo es —responde Akane, quitando por primera vez la vista del monitor—. Es magia, Keiko. Una diosa hindú, uno de esos cien mil dioses suyos que otorga ese favor.

—No puedes creerte eso —La réplica de Keiko le sonó débil hasta a ella misma.
—Lo has visto.

Lo había hecho. Podía ser un montaje, pero algo en el brillo telúrico de aquellos ojos-gema le decía que no. Las sombras sisearon en respuesta.

—Con esto podemos ser guapas, poderosas. Tener a quien queramos y matar de envidia a las demás. Hacer lo que nos dé la gana cuando nos dé la gana.

—Incluso si lo hiciéramos —balbucea Keiko—. Hay una parte en la que canta algo y está en hindi. Eso no podemos hacerlo nosotras.

—No es tan difícil de copiar.

Keiko abre la boca y la vuelve a cerrar. Algo se desliza por su hombro. Si hubiese mirado, no hubiera visto nada.

—Akane, ¿ya has probado el ritual?

Un rasgado sordo las interrumpió. La chica hindú había dejado de hablar y el vídeo había cortado a otra escena. Por la luz podía apreciarse que había atardecido, aunque es imposible saber si seguía siendo el mismo día. La chica seguía siendo esa especie de supermodelo de bronce, pero ahora el rostro se le cubría de eccemas, sus ojos se habían repleto de vénulas estalladas. Habla con voz congestionada y hace aspavientos con dedos artríticos con uñas gruesas e irregulares del color del ónice.

—Madre mía —suelta Keiko—. ¿Qué le ha pasado?

—Eso lo he deducido. Lleva en la forma alternativa demasiado tiempo. Creo que solo puedes mantenerla mientras las serpientes crecen, pero lo hacen muy rápido. Seis o doce horas a lo sumo.

—¿Mientras...crecen? —A Keiko se le atragantan las palabras.

—Sí. Mi teoría es que deben de usarte para crecer y lo que segregan debe de ser algún compuesto que tiene ese efecto, pero es tóxico a la larga. Ya lo verás.

REFUGIO BIZARRO

El video vuelve a cambiar y muestra la habitación vacía. Se pasa varios minutos así y la estática taladra los tímpanos. Acaba por aparecer la figura encorvada de la chica. Detrás surge un chico. La agarra por las caderas. Entonces, ella se gira. Sus rostros parecen acercarse en un beso cuando algo surge de la boca de la chica. Una serpiente, gruesa como un brazo, con ojos de un rosa enfermizo y escamas de blanco nuclear. Se enrolla alrededor de la garganta del hombre, que trastabilla hacia atrás. Otra más sale y se engancha en el estómago.

El tipo cae al suelo y sale de plano. Salta sangre, se escuchan balbuceos. Cuando todo se silencia, la chica vuelve a ser la de al principio. Por la ventana del fondo repta hasta salir uno de los ofidios. La hindú jadea y mira a la cámara. El video se corta.

—Esto está mal, Akane —dice, levantándose de un salto.

—Oh, no te preocupes. Tienes como ocho horas casi sin síntomas. Si las sueltas antes no pasa nada. Aunque tienes que soltarlas con un hombre, con chicas no funciona, aún no averigüé por qué.

—Akane, ¿no lo estás viendo? ¿Qué le ha pasado a ese chico?

—¿Y qué importa? —Akane se levanta con violencia— ¿Todos se dedican a abusar y nosotras solo podemos recibir? Yo digo que no. Yo digo que esto es nuestra oportunidad para divertirnos. Para reivindicarnos. —Agarra las manos de Keiko—. Somos más que la presa de otros.

—¡No! —Keiko se zafa del agarre y da unos pasos hacia atrás—. Todo esto me da escalofríos. Mi vida será una mierda, pero no voy haciendo... haciendo... eso, joder. Es peligroso y es malvado. Es... jodido, maldita sea, ¿no lo notas?

El rostro de Akane convulsiona en un volcán de emociones.

—¡Encima que te lo enseñe! Podía haberme callado, pero lo estoy compartiendo contigo.

—¡Yo te doy igual! ¡Solo quieres que me una a ti para limpiarte la conciencia por las putas cosas horribles que habrás hecho!

Akane abre mucho los ojos y se muerde los labios. Keiko piensa que le va a escupir sangre y que eso, de algún modo, la maldeciría.

—¡Pues largo! ¡Qué te den! ¡Todo para mí! ¡Ya llorarás! ¡Ya verás!

Keiko se marcha, más asustada que furiosa. Se da la vuelta una única vez. En la penumbra del cuarto, ve más de un par de ojos. Solo un montón, lo justo.

Apenas lo que dura un siseo.

Huele a algo parecido a primavera en la clase, un aroma a savia, mezclada con sudor. Rosa, no le cabe duda a Keiko, mezclado con algo más. En el fondo, sabe que eso no cuenta como una de sus rarezas, sino que todo el mundo lo detecta.

El olor se destila entre los huecos vacíos de la clase. La gente ha ido faltando y sus huecos ahora cargan con el peso del aire denso. Daiki, Aki, Isamu, Takehiko. Chicos que aparecen todos los días hasta que dejan de hacerlo. Los profesores hablan mientras con el rabillo del ojo escrutan cosas que no ven, que creen ver. Una sombra allí, o allá.

Los cuchicheos cada vez que la monotonal lección continúa. Que se han fugado, que los han cambiado de colegio, que el padre de tal ha ido a la cárcel o la madre de cual se ha endeudado demasiado. Que están muertos, incluso. Que los vieron entrar a una fiesta, no salir. Que alguien vio una mancha roja. Brillante, claro.

Keiko no mira ni comenta, pasa las páginas y mira a Michiko de vez en cuando. Ella tampoco da mucha bola a esos temas, aunque si se preocupa por Isamu. Dice que es su amigo y que no fue a su última competición de piragüismo. A Keiko le pincha entre las costillas algo abrasivo y le tiemblan los labios. No dice nada, aun todo.

El resto de la clase ocurre con normalidad, sobrellevando esa calma tensa. Michiko no le da importancia. Le invita a tomar helado después de clase y Keiko acepta sin pensar. Se despiden al cambiar de clase y Keiko se mantiene unos segundos más en su sitio, preguntándose si las cosas no tienen que ser terribles siempre. Su madre lo decía siempre, aunque a ratos sonase difícil de creer. Sobre todo, sin ella delante.

Sale y se zambulle entre una marea humana. Invisible entre la multitud, Keiko respira. El aire está sobrecalentado por el sol que golpea con desagrado sobre las grandes cristalerías que atosigan el edificio. En los azulejos blancos ve una versión sucia de su reflejo, repleto de contras de escoria. Aire feo, un mal presentimiento aguijoneando la nuca. Puede que no todo sea malo, sin embargo, está claro que algo realmente malo está sucediendo.

En algún lugar, una pulsión cercana que se capta en la oscuridad durante cada parpadeo, ese microsegundo en el que todo humano se enfrenta a la total y primordial oscuridad. La nada negra. Y lo que ella oculta.

REFUGIO BIZARRO

La chica decide entrar al baño justo cuando pasa por delante. Un poco de agua fresca en la cara no le ha hecho mal a nadie. Por eso entra una sala oscura y húmeda como un pozo abandonado. Está vacío, lo puede captar en el hedor agrio alejado de los orines y otras secreciones de mayor espesor. No, aquello atufaba a purulento, a nocivo y carcinogénico. Al fondo de la oblonga sala hay una sombra más oscura, achaparrada y sollozante. La figura tose y trata de recomponerse antes de sufrir otra violenta sarta de estertores.

Keiko pulsa al interruptor de la luz, a tientas. Da un par de pasos, a oscuras. Mueve los brazos, las luces continúan sin reaccionar. No hay claridad que valga en aquel lugar, por muchos pasos que de no distingue nada. Cada fibra de su interior le suplica que huya, que se escabulla por una grieta en la pared cual lagartija. No lo hace, no entiende por qué. No lo entiende, al menos hasta que la sombra oscura se revuelve sobre sí misma y la mira. No ve sus ojos, solo su reflejo, sombras sobre sombras.

—¿Keiko? —suelta con voz pastosa.

—¿Akane? ¿Eres tú?

La figura recorta distancia, se arrastra por el suelo en su postura encorvada. Apenas hace ruido más allá de un sisear viscoso.

—Keiko, me alegro de verte. Me alegro de hablar contigo.

Akane lleva sin hablarle un mes y medio, desde aquella discusión en su casa, desde el video y la condenada figurilla de las serpientes. Keiko piensa de manera consciente que esa ausencia debería alegrarla, a pesar del nudo culpable e inexplicable en su estómago. Le da pena dejarla sola, después de todo. Están conectadas, siempre lo ha sabido y negárselo no va a cambiar eso.

—¿Te encuentras bien? —corta Keiko—. No sueñas muy sana.

—No, la verdad es que no —no ve lo que hace, pero a Keiko le suena a relamerse con una lengua de perro, grande y babosa—. Estoy un poco enferma. Creo... no sé, que eh pillado algo. Y no estoy descansando muy bien estas últimas noches, eso tampoco ayuda. Yo... yo...

—Es la estatuilla, ¿verdad? Te está haciendo daño.

Hay un silencio a punto de estallar cuya mecha se apaga antes de terminar de prender. Akane destensa el borrón que es su figura. Tose un poco más antes de hablar.

—Necesito tu ayuda. Necesito que alguien me ayudes a comprender, a investigar. En los foros nadie me da respuestas y yo no me encuentro bien, pero, entre las dos, seguro que...

SANGRE DULCE

—Akane, no puede ser. No puedes seguir haciéndote esto. Tienes que dejarlo. Buscaremos... buscaremos ayuda. No sé, un hospital o algo.

—¡No! —La tiniebla alrededor de ella se agita por un instante y, en esa fracción de tiempo, deja de parecer algo inanimado—. No. Solo necesito tu ayuda para...

La puerta tras ellas se abre de sopetón. Entran tres chicas que ambas conocen bien. Su ropa es cara, su bronceado falso y sus risas puntiagudas. A pesar de la penumbra impostada que empapa el cuarto de baño, las recién llegadas las reconocen.

—¡Coño! Pero si están aquí la perdedora de Keiko —suelta una de ellas.

—¿Aquí hablando entre raras? —sigue otra.

—Normal, no la aguantaba su madre la vamos a aguantar el resto —remata la tercera.

Todas se ríen al unísono. Entonces las sombras se despegan con el ruido de aplastar grillos, de interrumpir su música. En la oscuridad se delinean ofidios, ojos enrojecidos y Akane cae en el vago haz de luz que se cuela por la puerta abierta revela por un parpadeo. La piel gomosa, de pálido mortal y azulado, menos pelo, verrugas escamosas, ojos de pupilas afiladas y un azul intenso. Dientes afilados enclaustrados en encías purulentas. Animal, letal, carnívoro.

—¡Fuera! —aúlla.

Las niñas huyen. Keiko también. La reacción es atávica, no sabe si a causa de lo que ha visto, de lo que no, o el reflejo de un cosmos distinto en los ojos informes de las serpientes. El caso es que corre lo que puede, tanto como le dejan sus pulmones. Cree escuchar la voz de Akane llamándola, pero, visto lo visto, quizás fueran serpientes impostando su voz. El caso es que huye y se olvida de ella.

* * *

La calle no huele a primavera, el aroma ha dejado paso a otro más anaranjado y viscosos como calima húmeda adherida en la piel. El sol baja por el horizonte recostándose sobre un futuro ocaso. La luz baja y muere, alargando sombras como preludio de la noche.

Keiko está nerviosa. Lleva unos días en los que el gusano de la ansiedad crece y engorda en sus tripas como una tenia. Se ha cansado de zapatear sin control, de dormir mal y comer peor. Ha cogido un par de libros de clase, los ha guardado en su mochila y baja la calle en

dirección a la casa de Akane. La excusa que contará (que se cuenta a si misma) es llevarle los deberes a su amiga después de estar casi una semana sin pasarse por el instituto. La realidad es más compleja.

Le preocupa lo que vio en el baño, le asusta lo que no llegó a ver. ¿De veras el mundo está repleto de esquinas oscuras? ¿Tan reales son los monstruos, la magia y sus ancestros? ¿Vivimos en la estela de un mundo tras un mundo? Keiko le cuesta dormir. Ahora las noches parecen más impenetrables, las paredes tienen ojos y las lámparas tentáculos. Quizás solo sean una marabunta de serpientes, de culebras en una bola viva y palpitante. Mil conciencias y un solo propósito.

Una de aquellas noches en vela se asomó a la ventana y miró a la luna, preguntándose que habría más allá de aquel reflejo paliducho, que podría encontrar cruzando los horizontes negros y llegando a aquel lugar. La negrura, lo inexpugnable, donde habitan los dioses.

Keiko se miente y se dice que es el estado de salud de su amiga lo que tensa cada fibra de sus músculos. No obstante, Akane no es su amiga. No le cae bien, se han apoyado por necesidad, pero ninguna de las dos estaría con la otra de tener alguna otra opción. No, el destino de Akane y Keiko había quedado sellado en un pacto extraño y mudo hacía muchos años y ahora el nudo estaba a punto de soltarse. No, Keiko quería ir y hablar con ella. Necesitaba decirle algo, escuchar algo. No sabía el que. Unidas, inevitable e inexplicable.

Se detiene a una casa de distancia y mira el móvil. Michiko le ha escrito otra vez. Keiko se sonríe sin poder evitarlo y le responde. Luego mira a la casa de Akane a apenas una docena de pasos y siente miedo. Se plantea si merece la pena, si no sería mejor olvidar el pasado y continuar. No ve la tormenta formarse los nubarrones espesos y el destello de los relámpagos, pero lo siente. Se plantea todo eso, pero nunca tuvo opción realmente.

Llama a la puerta, aunque nadie responde. Insiste tres veces más con idéntico resultado. Trata de abrir y la puerta se ofrece ante ella. En la casa reina una quietud malsana, una tiniebla espesa. Un tufo sacude sus sentidos, pastoso y de un agrio que quema el paladar.

—¿Akane? ¿Hola? Soy Keiko, he venido a traerte los deberes

Nadie responde, ni Akane ni sus padres. Camina sobre el suelo, que se despidе de las suelas con un beso húmedo. No mira que es lo que lo recubre y no para de pisar. Ojea la cocina y cruza el salón. No aparece entrar luz ahí dentro. Sube las escaleras de aquella casa cavernaria y llega frente al cuarto de su amiga.

SANGRE DULCE

—¿Akane? —dice con tono tembloroso.

Keiko ya no está segura de lo que hace. Aún menos. La conexión sigue ahí, pero una voz inarticulada en lo profundo de su ser está aullando porque huya despavorida. No ve nada, pero nota como se le acerca. Por más veces que mira a su espalda no ve nada. Solo destellos rojos que se apagan. Enseguida, en un siseo.

Nadie contesta. Abre la puerta con un empujón suave. El cuarto de Akane está desordenado. Algo gotea del techo. Una piel blanquecina, gomosa, grande e inidentificable reposa en la cama. Tiene un semblante de un rostro poco definido.

En una esquina hay algo. Esta tranquilo y observa a la recién llegada con poco interés, pero sin llegar de apartar la mirada. Keiko se congela. Una penumbra más densa que el resto la rodea. No ve apenas nada. Un cuerpo alargado y escamosos, muchos brazos que se agitan en un bamboleo pausado e hipnótico. Curvas por todos lados, a veces más solidad y oras desmenuzadas en ondulantes sierpes. Y ojos azules, del color de las estrellas muertas.

—¿Akane? —es lo único que alcanza a decir.

—Si, pero no igual. Mejor.

—Que ha... que ha...

—Se sincera contigo misma, Keiko. ¿De veras quieres saberlo?

Traga saliva. Se lo ha pensado mejor, sin dudas.

—Porque...

—Al principio duele —la interrumpe—. Duele de verdad. Las serpientes crecen en tu interior, pero también sueltan huevos. Te infectan, te vuelven su madre. No lo entiendes, solo lo sufren. Entonces algo se resquebraja dentro de ti. La carne y el alma. Y lo ves todo. Te partes en pedazos y ves más allá de las barreras de lo físico, del metaverso multicolor que nos subyuga. Ves la voluntad de los dioses y el multiverso por encima de ellos y la oscuridad suprema e inapelable en el mismo centro, como un sol seco alrededor del que todo gira.

Keiko da un paso hacia atrás. No piensa, algo profundo la aplasta. Huye. La palabra le martillea las sienas. Huye. La oscuridad la empuja. El suelo se está llenando de serpientes negras de ojos gastados y ensangrentados. Retozan entre huesos que antes no había. Hay pedazos de carne también, completamente destrozados y medio mordidos. Algunos todavía conservan ojos y la miran con desespero.

—¿Cómo sé que eres mi amiga?

REFUGIO BIZARRO

—¿Quieres esa respuesta?

Una pausa anclada a su corazón. Keiko responde.

—Si.

—Bien. Voy a salir entonces para que me veas.

Los brazos cesaron en su caótica danza y se agarraron a toda superficie sólida que encontraron. Los músculos ras una hilera de escamas argénteas se tensaron. Una cabeza de pelo negro surgió. Tras ella una frente larga y dos ojos del azul de un glaciar medio derretido, de esos que jamás volverán a verse una vez desaparezcan.

Keiko huye desbocada. No grita ni mira hacia atrás. Nada intenta retenerla. Corre sin seguir una dirección concreta, solo se aleja. Pasa de largo de su casa y corre viene entrada la noche hasta que sus piernas no aguantan más y cae a suelo, desplomada sobre rodillas de mantequilla en un parque local.

Se golpea la cara y se raspa el pómulo. El mundo le inunda de cielo sin estrellas la cabeza. Se recompone tras unos segundos y se levanta. Tiene los ojos muy abiertos y la mandíbula dolorida de tanto apretarla. Se sienta en un banco e intenta controlar la respiración. Su cuerpo se esfuerza en calmarse, pero algo se lo impide. Esa noche las nubes tapan la luna y las estrellas apenas brillan.

Se pasa las manos por la cara y baja la cabeza tratando de sobrellevar unas nauseas repentinas. Entonces, se fija, junto a ella a apenas unos pasos, algo la mira. Pequeño, desgastado, con aspecto de baratija vieja.

El figurín de la diosa de las serpientes, que come hombres, pero cría en mujeres porque su sangre es más dulce. Algo con disfraz de otra cosa. Keiko se petrifica en el sitio. Su teléfono suena, pero no lo escucha. A su espalda, un siseo.

* * *

Keiko camina al sol de la media tarde. Se acaba de atrever a darle la mano a Michiko. Esta no dice nada, pero no se niega. Ambas sonríen.

Keiko mira hacia atrás. Sabe que algo la sigue, que la seguirá siempre. También sabe que no le alcanzará si ella no quiere. A fin de cuentas, solo es un recuerdo. Algo oscuro y terrible, pero breve. Como un siseo.



Perversion Ofídica

Por Gayeteiro

¡Una historia de lujuria, locura y metamorfosis más allá de la carne humana!”

* * *

La mesa de aquel restaurante resultó ser mucho más pequeña de lo que aparentaba. Mientras mi buen amigo, Kaburagi Yukio, servía en mi vaso un generoso chorro de sake, yo me preguntaba cómo íbamos a ingeniárnoslas para hacer caber en aquella mesa lo que habíamos pedido. No es que fuese mucha comida, pero el tamaño de aquella superficie de madera me hizo dudar por un momento sobre si cabrían en ella mi plato de pollo frito estilo Karaage y el clásico bol de pato frito con arroz que siempre se pedía mi compañero. Por alguna extraña razón se empeñaba en pedirlo, aún a sabiendas de que no iba a ser capaz de acabarlo, teniendo que confiar en mi apetito con el fin de evitar dejar sobras.

Aunque aquello solía exasperarme, ese día podía permitirme el lujo de dejar de lado tan pequeños detalles. Dos eran las causas de mi repentino cambio de actitud: en primer lugar, que hacía bastante que no le veía y quedar con él no era nada fácil; si consideramos el pedazo de carrera que se está sacando, lo cierto es que me sorprendió que pudiera hacerme un hueco en su apretada agenda; la segunda, que aquel no era tan solo un encuentro casual, sino que tenía una oferta para mí.

—Entonces, querías hablar conmigo por algún proyecto tuyo. Es eso, ¿verdad? — pregunté, dando un sorbo a mi sake templado y permitiendo que el cálido líquido bajase por mi garganta.

REFUGIO BIZARRO

—Así es, Eguro —respondió Kaburagi—. Como sabes estoy trabajando en una revista sobre mitología, esta vez nos hemos decantado por la japonesa.

—Mitología japonesa... —repetí— me resulta extraño que quieras meterte en un tema de tu propio país. Siempre te he visto interesado en las tradiciones de países extranjeros, ¿Qué te ha hecho animarte a tratar sobre nuestro folclore?

—Bueno, como bien sabes, el yokai Matsuri está a punto de celebrarse, he pensado que esta era una buena forma de hacerles un pequeño guiño.

—Pues la verdad es que no suena nada mal —respondí—. Pero, ¿quieres que explique algún mito o algo así?

—Oh no, no —negó Kaburagi— tan solo me gustaría que escribieses algo más... literario. Un relato. Sé de buena tinta que estás trabajando en una novela... un amigo que tenemos en común me permitió echarle un ojo. Espero que no te importe.

Aquel dato me desconcertó sumamente. No esperaba que se hubiera percatado de que había empezado a escribir una obra de fantasía. Sin embargo, decidí ignorar la libertad con la que habían violado mi santuario literario y le dejé continuar.

—He leído una parte de ello, y a pesar de lo repetitivo que me resultó tu vocabulario, tengo que reconocer que tienes un estilo muy curioso. Mordaz, retorcido y desinhibido. Es justo el tipo de mentalidad que busco en mi proyecto.

Aquel comentario me tomó por sorpresa. Conocía a Kaburagi desde hacía bastantes años, y a pesar de la labia y el candor que transmitían sus palabras, jamás me pareció el típico adulador que tenemos todos en nuestros círculos más cercanos. Con su mente analítica, su agudeza y su ingenio había conseguido llamar la atención de no pocas personas que, fascinadas por su curioso arte, hacían de su círculo social un inmenso entramado difícil de descifrar. Y, si estaba en lo cierto, me estaba pidiendo que colaborara en la elaboración de una de sus creaciones. Si realmente creía que mi estilo podía encajar con el suyo, ¿quién era yo para oponerme? Era cierto que mi obra contenía una aguda crítica social y un decente contenido de fanservice. Tal vez aquello había llamado su atención.

—Pues cuenta conmigo... ¿de qué plazo dispongo?

—Hasta el quince del mes que viene —me respondió.

—Entendido —le dije— veré en qué puedo inspirarme. Al fin y al cabo, en Japón hay *yokai* por todas partes.

PERVERSIÓN OFÍDICA

Después de un último brindis con sake y tras haber terminado por comerme la mitad de su bol de arroz con pato, decidimos retirarnos para continuar con nuestras respectivas tareas. Si iba a formar parte del catálogo de autores de una revista como la suya, tenía que ponerme las pilas de verdad. Por lo tanto, nada más despedirme de mi buen amigo, decidí aligerar el paso y dirigirme hacia la biblioteca. Hacía bastante tiempo que no pasaba por aquel edificio, y es que mi trabajo, sumado a mis otros tantos proyectos, habían hecho de mi vida una especie de bucle en el que casi no había espacio para la improvisación. ¡Lástima no haber celebrado nuestro acuerdo con una buena orgía!

Me percaté de lo mucho que llevaba sin pisar aquella biblioteca tan pronto como vi a la recepcionista. No solo no me resultaba nada familiar, sino que, además, me pareció bastante atractiva. Temblé un poco y noté cómo el pulso se me aceleraba en el mismo momento en que me dirigí hacia ella.

—Esto... disculpe, ¿sabe dónde puedo encontrar algún libro sobre mitología japonesa?

La mujer dejó de mirar la pantalla del ordenador de mesa para dirigirme toda su atención. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me sentí desbordado por el intenso color castaño de sus ojos, que daban la sensación de atravesarme como alfileres y que servían como broche para el lacio cabello oscuro que caía sobre sus hombros cual cascada. Sin duda era un digno espectáculo para la vista de todo hombre y no de pocas mujeres.

—Buenas tardes —me dijo con tono educado—. Sí, mire, tiene los tomos de mitología japonesa en la estantería número 9 pasillo K.

Me incliné para agradecer a aquella dama su ayuda, mientras su melódica voz aún bailaba en mis oídos. Siguiendo sus indicaciones, me dirigí hacia un pasillo, en el que observé un amplio número de tomos dispuestos a ambos lados del mismo. Observé los títulos de los libros aleatoriamente, dejando que el propio caos que parecía regir aquella artificiosa disposición me sirviese como guía. Finalmente, en medio de aquel orden tan retorcido, pude encontrar algo que, posiblemente, me podría ser de ayuda. Se trataba de un libro grueso de portada un tanto envejecida, pero bastante bien conservado. En el cuero que forraba aquella pieza literaria, pude leer en letras doradas «yokai y otras criaturas». Quizás se trataba de una enciclopedia un tanto generalista que no me permitiría profundizar demasiado en la materia, pero se trataba de un buen punto de partida para poder escribir algún relato. Decidido, tomé el libro entre mis manos y me dirigí a la entrada para que la bibliotecaria pudiera registrar el

préstamo. Una vez escaneó el libro, saqué mi cartera para mostrar mi carné de la biblioteca. A pesar de lo mucho que había transcurrido desde mi última visita, aquel trozo de plástico seguía funcionando, tal como pude comprobar al sacar aquel libro sin mayor problema.

El viaje de regreso a casa resultó un tanto tedioso, debido al largo trayecto que hay desde mi casa hasta el centro de la ciudad de Kawasaki, donde había quedado con mi amigo. Después de tomar dos trenes y caminar casi un cuarto de hora, pude regresar a mi apartamento. Vi las pequeñas ventanas, así como las escaleras que me llevarían hacia la que se había vuelto mi prisión durante los últimos años. Por primera vez en muchos meses, una leve sensación de claustrofobia invadió mi cuerpo. Me sacudí la cabeza, tomé la llave, respiré hondo y subí las escaleras. Una vez dentro del piso, dirigí mi atención hacia el terrario que tenía frente a mí; dentro de él, mi serpiente descansaba enroscada; sus escamas grises y naranjas brillaban bajo el tubo fluorescente que tenía sobre la cristallera. Fue entonces que caí en la cuenta de un importante detalle: no le había dado de comer. Me dirigí hacia la pequeña terraza donde colgaba mi ropa y criaba a los ratones que usaba para alimentar a mi mascota. Tomé uno de ellos por la cola y se lo llevé a la serpiente, que se abalanzó contra aquel indefenso animal tan pronto como abrí la puerta. Aquel roedor, una vez inmovilizado entre los musculosos anillos de aquel reptil, no podía sino patear y chillar en un vano intento por deshacerse del feroz agarre del ofidio.

Por razones que no alcanzaba a comprender, aquello siempre me produjo un cierto grado de satisfacción; veía cómo aquel reptil estrangulaba al pequeño ratón, mientras uno de los globos oculares asomaba, a punto de salirse de su cuenca. Dejé que mi mascota acabase con su presa y me encaminé hacia mi habitación, estaba oscureciendo y no tenía siquiera ánimos para prepararme la cena. Es por ello que me fui a la cama para acostarme. Tomé el libro que me había llevado prestado de la biblioteca y lo coloqué en mi mesita de noche. Observándolo, no pude evitar pensar en aquella simpática dama que me había permitido llevármelo; recordé su lindo rostro, su lacio cabello y el formal pero ceñido traje que resaltaba su escultural figura. No pude evitar imaginarme como sería sin esa ropa puesta, las imágenes que invadieron mi cerebro produjeron un repentino abultamiento en mis pantalones. Miré hacia abajo y ahí estaba; cual tienda de campaña erguida, mi miembro viril luchaba por liberarse vigorosamente de su prisión textil. Estaba realmente cansado, pero, por alguna razón, no tenía sueño. Me puse el pijama y me metí en la cama para, inmediatamente, bajarme los pantalones,

PERVERSIÓN OFÍDICA

liberando a mi falo y sujetándolo con mi mano derecha. Comencé con movimientos suaves, hasta que imaginé a aquella mujer, apoyada contra una mesa, ofreciendo su trasero para que la embistiese como un animal en celo. Mi imaginación lo plasmó en mi cerebro, a pesar de que estaba notando que se me bajaba la sangre de la cabeza. Todas las posturas habidas y por haber se dibujaron en mi cabeza, hasta que, justo en el momento del clímax, una inesperada imagen se adueñó de mi mente.

El ondulado cabello castaño y los mullidos labios de mi ex novia emergieron de entre mis recuerdos. Habían pasado unos pocos años desde que rompimos, o más bien, desde que la muy puta decidió abandonarme. Una traición como la que sufrí no es plato de buen gusto para nadie, pero si creía que ya había tocado fondo al ser reemplazado en el lecho por una mujer, peor fue enterarme que había sido por una extranjera, por una mujer negra. Aquello fue el último clavo que selló mi ataúd, ese recuerdo no dejaba de perforar mi cabeza como un gorgojo penetrando una nuez. Esa agria memoria persistía, mientras notaba como mi ejercicio onanista se convertía poco a poco en una de las pajas más tristes que iba a recordar. Aunque eso me cabreó sobremanera, mi excitación ganó en aquel extraño tira y afloja entre racionalidad y subconsciente concupiscible. Noté las contracciones previas a la liberación y, pronto, las sábanas se tornaron pegajosas. Miré mi mano derecha, preguntándome cómo esta, habituada a escribir las más bellas letras, era también capaz de tomar parte en un acto tan sucio como este. Poco duró mi disertación, pues el sueño no tardó en hacer acto de presencia y me desplomé.

La imagen de aquella desgracia humana a la que tuve el infortunio de llamar «amor» se mostró una vez ante mí, como un eco tan persistente como agobiante. Veía a aquella perra, mirándome con una sonrisa maliciosa, como si fuese un miserable vagabundo reptando cual babosa por la calle. Era la primera vez que realmente me sentía alterado por lo que me hizo; a pesar de estar profundamente dormido, podía notar como las sienes me palpitaban por el odio, mientras mi pulso se aceleraba. Solo pensar en que se estaba follando a una negra me daba ganas de vomitar. Sin embargo, conforme la observaba, vi como poco a poco su cuerpo comenzaba a mutar de manera extraña. Su piel se volvió blanquecina, mientras que sus ojos se tornaban amarillos. Vi cómo se acercaba a mi oído izquierdo, susurrando con un marcado acento que casi se asemejaba a un siseo malvado. Fueron tan solo dos palabras, pero hicieron que mi último fragmento de raciocinio se rompiera.

—Eres patético.

La rabia hizo que me levantase del suelo rápidamente para agarrar del cuello a aquel maldito demonio. Ante la presión que ejercí contra su garganta, esta comenzó a estirarse y a crecer, su piel adquiriendo una textura escamosa mientras una maliciosa risa taladraba mis oídos. El cuerpo de aquella mujer, si es que podía llamarla así, parecía haber quedado vacío, pues comenzaba a colgar como el de una muñeca de trapo, a la par que su serpenteante cuello no dejaba de crecer. Pronto, aquel manojito de extremidades desapareció entre sus prendas, que cayeron al suelo para mostrar ante mí a una gigantesca serpiente de color blanco, con la cabeza de una mujer de cabello lacio. Abriendo la boca me mostraba dos afilados colmillos, de los que no paraba de gotear una baba amarillenta, similar al aceite de oliva.

Justo cuando aquella monstruosidad se abalanzó contra mí, logré abrir los ojos de par en par. Estaba sobresaltado, un sudor frío recorría mi agitado cuerpo y mi respiración entrecortada a duras penas me permitía alcanzar la claridad mental necesaria para organizar mis pensamientos.

Una vez conseguí relajarme, miré a todos lados, comprobando que, tal como sugerían las luces de neón procedentes del exterior, aún era de noche. Miré mi despertador y, consternado, me percaté de que apenas había logrado dormir poco más de cinco horas. Miré en todas direcciones, incapaz de dormirme, y traté nuevamente de conciliar el sueño sin demasiado éxito. Fue entonces cuando dirigí mi atención al libro que había tomado de la biblioteca y que aún reposaba en la mesa de noche. Una vez más, comencé a recordar la extraña pesadilla que hacía escasos minutos había aquejado mi mente; a pesar de que había sido tan solo un subproducto del errático desorden que aún acosaba mi psique, se sentía tan real que no pude evitar notar un leve escalofrío en mi espalda. El denso veneno cayendo por los colmillos huecos de aquella mujer serpiente, su escamosa y blanquecina piel, su susurro mortal... fue entonces cuando noté cómo, en medio de todo ese caos mental, brillaba una idea fulgurante. Recordé que, en medio del inmenso compendio de criaturas que habían alimentado la imaginación de los habitantes del archipiélago nipón, existía una en concreto cuya apariencia evocaba la del misterioso monstruo que me acosó en mis pesadillas: la *nure-onna*.

—Ya lo tengo —dije, antes de caer cual tronco sobre mi colchón, con la intención de volver a dormir.

PERVERSIÓN OFÍDICA

Por fortuna, esta vez lo logré. Desperté unas horas más tarde con el sonido de la alarma, con una sensación pastosa en la boca y una sed espantosa. Me levanté de la cama y abrí la ventana, dejando que el viento matutino aireara mi dormitorio mientras yo me dirigía a la cocina a hidratarme para, acto seguido, desayunar. Abrí el grifo y llené un vaso grande, llevándomelo a la boca tan pronto como logré llenarlo. Un sabor metálico inundó mi lengua, aunque estaba tan sediento que me dio absolutamente igual. Una vez esa sensación de viscosidad hubo abandonado mi boca, me preparé el desayuno: unas tostadas con mantequilla de cacahuete y mermelada de arándanos.

Mientras saboreaba aquella peculiar mezcla entre sabor salado y dulce, pensaba en cómo podía emplear a un *yokai* como la *nure-onna* en mi historia. Podía recurrir al viejo confiable: un hombre se enamora de una bella mujer que resulta ser la mujer serpiente. Pero no, obviamente no quería caer en los típicos clichés. Además, no era demasiado lo que conocía acerca de esa criatura, por lo que no iba a resultar sencillo comenzar a escribir de buenas a primeras. Después de acabar mi desayuno y fregar el bol, decidí echarle una pequeña ojeada a la enciclopedia que aún tenía en la habitación, aprovechando que era mi día de descanso. Hojeé, hojeé y hojeé, tratando de descubrir algún punto de partida en medio de los múltiples *yokai*, sellos protectores y talismanes que venían incluidos en aquel tomo. Después de casi un cuarto de hora, logré encontrar al que buscaba. Leí sobre los textos folclóricos que describían a la criatura, así como relatos y supuestos avistamientos. Sin embargo, ninguna fuente que me pudiese proporcionar alguna información nueva o interesante.

—Bah, esto no me sirve de nada- me dije decepcionado- a menos que...

Continué mi lectura y di con un fragmento en que se mencionaba un templo relacionado con un antiguo dios serpiente. Se encontraba en la prefectura de Kioto, al lado de Kinugasa Himurocho. La información al respecto era un tanto escueta, pero parecía ser un buen lugar para encontrar datos fidedignos que incorporar al relato; además, sería la excusa perfecta para escapar del mundanal ruido urbano y pasar un tiempo en mi lugar de recogimiento favorito: la naturaleza.

—Pues decidido —me dije con mirada triunfal— A ver cómo se llega...

Recurrí al confiable Google Maps, a fin de comprobar cómo podía ir a mi destino. El trayecto tenía una duración aproximada de unas tres horas y cuarto, pudiendo salir desde la estación de tren de Shinagawa, que quedaba más o menos a unos veinte minutos de mi

domicilio. A juzgar por las indicaciones, me vería obligado a realizar cuatro transbordos durante el trayecto, aunque eso no suponía un problema para mí. Siempre me ha maravillado lo responsables y profesionales que pueden llegar a ser los conductores de tren, tomándose increíblemente en serio un tema como es la puntualidad. Una vez decidido el viaje, consulté la página de la estación para poder reservar mis billetes para el próximo fin de semana. Hecho esto, aprovecharía los pocos ratos libres que mis siguientes cinco días laborables me proporcionarían para rascar un poco más de información acerca de la *nure-onna*, hurgando en todos los recovecos posibles. Aunque el viaje iba a ser algo largo, los trenes eran lugares increíblemente tranquilos, además de que dispondría de una muy buena vista desde el asiento con ventana que acababa de reservar. Por ende, lejos de ser aburrido, tenía ya la certeza de que el trayecto iba a resultar agradable, sin importar lo abarrotado que solía estar el transporte público.

Los cinco días laborales de la semana siguiente transcurrieron como estrellas fugaces en medio de aquella sensación de claustrofobia urbana que me atenazaba cada vez más. Saber que iba a visitar un santuario alejado de la ciudad hacía que mi deseo de escapar se acrecentara cada vez más, conforme pasaba el tiempo. Finalmente, el día del viaje llegó. Por primera vez en muchos meses, programé la alarma de mi despertador para despertarme a las cinco y media de la mañana, a fin de prepararme adecuadamente y poder salir con un margen de tiempo. El primer tren salía de la estación a las seis horas y cincuenta y siete minutos. Una vez acabé mi desayuno y lavé los trastos, ordené mi cuarto y me atavié con ropa más informal, procediendo a salir de mi celda y dirigirme a la estación. Cuando llegué, observé el reloj desde el andén, cerciorándome de que aún quedaba media hora para que el tren llegase. Con las luces de la noche aún encendidas y el cielo todavía oscurecido, observé las pocas estrellas que la contaminación lumínica me permitía diferenciar. Estábamos en fase de luna nueva y, por lo menos, podía distinguir el triángulo de verano. Resultaba casi reconfortante.

El ruido de los mecanismos aproximándose al andén me sacó de mis pensamientos, captando toda mi atención el morro plano y las bandas naranjas y verdosas que resaltaban entre los modestos colores del tren. Una vez se detuvo en la estación, todos los pasajeros nos dirigimos hacia el vehículo.

Tan pronto pudieron comprobar que nuestros billetes estaban en regla y que los viajeros ya habíamos ingresado, el tren comenzó su marcha. Después de los dos trasbordos en la

estación de Yokohama y Shin-Yokohama, proseguimos nuestro trayecto. Poco a poco, las concurridas calles de la ciudad de Tokio dieron paso a amplios espacios abiertos, donde una inmensa montaña cubierta de nieve se vislumbraba a apenas unos kilómetros de las vías. A través de la ventana, pude observar durante unos minutos al monte Fuji en toda su magnificencia, antes de que se acabase perdiendo en la lejanía. Los paisajes naturales se sucedieron durante las siguientes horas mientras yo dejaba que mi mente vagara por ellos. Después del largo trayecto, una nueva ciudad se comenzaba a vislumbrar ante mí. Si mis cálculos eran correctos, era bastante probable que se tratase de Nagoya, por lo que pude confirmar que mi destino estaba cada vez más cerca. Atravesamos la prefectura de Shiga y, por fin, llegamos a la estación de Kioto. Me levanté de mi asiento, con un ligero mareo inducido por el repentino cambio de postura. Una vez me recompuse, pude apearme del tren para dirigirme al autobús de la línea Karasuma, que me llevó hasta la estación Kitaoji. Un trasbordo más tarde, tomé el autobús urbano de la línea 205 hasta que, finalmente, pude vislumbrar a los majestuosos edificios del pabellón dorado en frente de mí.

Bajé del autobús y, tras una larga caminata, me presenté en la entrada general del recinto. A mi derecha, una especie de recipiente alargado, tallado en una piedra gris, se mostraba cercado por una soga y unos cuantos listones de madera; a mano izquierda, se hallaba una pequeña estructura con un tejado negro, cuya campana guindaba de unos postes de madera. Proseguí mi camino hasta el edificio que se alzaba frente a mí, cuya leyenda rezaba «Templo de Kinkaku-Ji». Tal parecía que había llegado a mi destino. Sin más dudas, me aproximé hacia aquel lugar e ingresé tan pronto como vi que la puerta se hallaba abierta. Dentro de ella, un hombre de tez ligeramente bronceada, con la cabeza rapada y ataviado con una túnica de color rojo, dirigió su atención hacia mí tan pronto como notó mi presencia, interrumpiendo su labor de oración. Se sentaba sobre sus piernas, dobladas y juntaba las palmas de sus manos a la altura de su corazón. Sobre una tabla había colocado cuatro varillas de incienso, que despedían un aroma similar a la madera quemada que no tardó en filtrarse por mis fosas nasales, invadiendo mi cerebro.

Tan pronto como pude recuperarme de la apabullante sensación que aquel intenso olor me producía, noté que el hombre no había dejado de observarme fijamente, con un rostro que rozaría una inquietante inexpresividad de no ser por la serenidad que transmitía. Tenía los ojos abiertos de par en par, dirigiéndome una mirada atenta a la par que fría que me hizo

estremecer. No era una sensación del todo agradable, era la primera vez que alguien me escudriñaba con unos ojos tan penetrantes como aquellos. Por un momento, me sentí como un roedor acechado por un animal, oculto entre la densa maleza. Recordé entonces al ratón con el que alimenté a mi serpiente hacía apenas unos días, imagen que me desestabilizó ligeramente.

—¿Puedo ayudarle en algo? —dijo aquel hombre, como si en medio de la maraña de visitantes que habría en el santuario, intuyera que necesitaba ayuda, como si me estuviese leyendo cual libro abierto.

—Buenos días —dije, haciendo una reverencia—. Verá, he venido desde muy lejos para poder documentarme sobre cierto *yokai*, y he pensado que ustedes podrían ayudarme en la tarea.

Aquel hombre se levantó del suelo y se aproximó a mí, analizándome con unos ojos tan abiertos como sus facciones se lo permitían. Una vez estuvo delante de mi persona, noté como esa serenidad que evocaba al principio daba paso a una tensión abrumadora, como si mil agujas me atravesaran el cuerpo.

—Ha venido al lugar adecuado —dijo aquel monje—¿puedo saber de qué *yokai* se trata?

Al pronunciar esas palabras, mostró una sonrisa tan amplia que me hizo sentir que, en cualquier momento, desgarraría sus mejillas y me devoraría. Tal vez pretendía transmitir calidez, pero el resultado fue justo el contrario.

—Se trata de la *nure-onna*, la mujer serpiente —dije, ocultando mi incomodidad.

—Ah, sí... aquella mujer que es mitad serpiente. Planeaba despejar mi mente un poco, paseando por el lago, pero creo que una pequeña charla no hará mucho daño. Acompáñeme y le contaré cuanto sepa.

Seguí al monje a través del templo hasta que salimos por una puerta situada al otro lado del mismo. Frente aquella puerta, un inmenso lago se reveló ante nosotros. Bordeando su cristalina superficie, pude observar unas amplias hojas que reposaban sobre el agua calmada, distinguiendo entre ellas unas flores de tan vivos colores que contrastaban con el modesto tono de los árboles que crecían alrededor del cuerpo acuático. Por un segundo, me pregunté si sería posible fabricar con aquellas flores aquel fármaco, famoso o infame en función de a quien se le pregunte, que permitió al reconocido filósofo Lao Tsé perderse en los confines y los orígenes del tiempo, materializando por vez primera a aquellas bestias que perseguían

con hambre atroz a todo viajero que sufriera el infortunio de acercarse a su guarida. O por lo menos, si sería factible fabricar algo similar, pues sus rosados colores las hacían contrastar con la descripción atribuida a las que dicen que se empleaban en la receta original.

—Verás —continuó el monje, sin detenerse— esa mujer de quien hablas no procede de esta zona. Los avistamientos de la *nure-onna* suelen ocurrir en las áreas norte y sur de la isla, preferentemente a las orillas de los mares. Es una mujer con un hermoso cabello oscuro que se pega a su elegante y delicado cuerpo, que seduce a los viandantes con su melódica voz. Sin embargo, esto no quiere decir que en agua dulce estés más seguro, pues también suele frecuentar las corrientes, estanques y lagos, donde finge ahogarse y, justo cuando el pobre desaprensivo que se lanza a socorrerla quiere darse cuenta del error que ha cometido, ese monstruo clava su afilada lengua en su piel y empieza a devorar su sangre sin detenerse, hasta que lo único que queda...

Dejé que aquel monje siguiese explicándome las características de aquel *yokai* mientras mi mente divagaba en el entorno que me rodeaba. Al fin y al cabo, todo cuanto me estaba diciendo no era demasiado diferente a lo que podía encontrar en internet. Mi cerebro siguió perdiéndose entre pensamientos, hasta que de repente, percibí una pequeña vibración sacudiendo la superficie del agua del estanque. Un escalofrío recorrió mi espalda mientras recordaba una de las frases que acababa de escuchar: «esto no quiere decir que en agua dulce estés más seguro, pues también suele frecuentar corrientes, estanques y lagos». Notaba mi corazón latíendome a mil por hora mientras era incapaz de apartar la vista de aquella ligera perturbación de origen desconocido, procedente del fondo de aquel lago. Parecía incrementarse, un leve burbujeo emergió a la superficie. Y, de pronto, reconocí un brillo blanquecino en mitad de las aguas. Nadando bajo las hojas de loto, un inmenso pez de escamas perladas decidió mostrarse ante de mí, nadando con un ritmo tan majestuoso como su imponente tamaño. No era la primera vez que tenía un koi ante mis ojos, pero sí la primera que veía uno tan bello.

Recobrándome del susto, volví a dirigir la atención al monje, al que seguí acompañando en su peculiar trayecto sin destino específico, rezando porque no se diera cuenta de que no había estado prestando atención a gran parte de su narración. Para mi sorpresa, caí en la cuenta de que nos habíamos alejado bastante del templo, que ya se distinguía al otro lado del lago como quien divisa su pueblo natal después de una semana perdido en altamar. Además

de eso, me fijé en que había una pasarela de luces iluminando el bosque, supuse que alguien había encendido los farolillos de piedra que adornaban el entramado de caminos de aquel santuario.

Fue entonces cuando descubrí espantado que el sol estaba comenzando a ponerse, cosa extraña, pues si mi memoria no me fallaba, había llegado al templo poco antes del mediodía. ¿Cuánto tiempo habíamos estado vagando alrededor de aquel lago? A pesar de estar en un espacio bastante abierto, podía notar aquella sensación de falta de aire propia de esa claustrofobia que muchas veces me invadía en la concurrida ciudad, de la que había decidido escaparme por un día. Era como si algo invisible estuviese atenazando mi cuello, apretando cada vez más, conforme el aire salía de mis pulmones. Mis oídos comenzaron a escuchar un potente zumbido, similar al siseo de un reptil furioso. Sacudí mi cabeza, logrando que aquel sentimiento de asfixia, posiblemente psicológico, se mitigara levemente.

Pero entonces dirigí mi atención al monje, que se encontraba frente a mí, mirándome con absoluta impasividad. Pude notar como su piel había adquirido un tono más oscuro, ahora se vislumbraban en ella pequeñas estructuras en forma de teja que emitían un ligero brillo iridiscente bajo la tenue luz de un ocaso ya mortecino. Mantenía aquella penetrante mirada, mientras sus labios se volvían a curvar en una sonrisa desproporcionada y grotesca. En ese instante, caí en la cuenta de un pequeño detalle que había pasado por alto, quizá por el hecho de que, al tratarse de un monje, había atribuido al resultado de un arduo entrenamiento: durante todo el tiempo en el que habíamos estado hablando, no lo había visto parpadear ni una sola vez.

Aterrado por la revelación y haciendo acopio de las pocas fuerzas que pude conservar, traté de recuperar mi compostura y salir corriendo de allí, lo más rápido que mi tambaleante cuerpo me permitía. Hui por el medio de la arboleda, sin saber muy bien hacia dónde iba... hasta que no me quedó más remedio que reconocer que me había perdido. Miré en todas direcciones, tratando de hallar el más mínimo indicio que me permitiese regresar a una civilización que, por primera vez en mi vida, comenzaba a echar de menos, una civilización donde el agujero negro que acosaba mi mente y al que llamaba caos hacía acto de presencia para recordarme lo frágil de mi condición.

En medio de la oscuridad, un chillido detuvo aquella asfixiante introspección. Sonaba como el grito desgarrador de una mujer, pero poseía un cierto tono de dulzura que hizo que

PERVERSIÓN OFÍDICA

la siguiera ávidamente, cual serpiente macho siguiendo las feromonas de las hembras nada más despierta de la hibernación. Tal vez fue pura sugestión. Tal vez mi mente comenzaba a quebrarse.

—¡Socorro! —gritaba aquella voz, mientras yo la seguía, cayendo en la cuenta de que empezaba a acercarme cada vez más a un claro.

Para mi sorpresa, estaba de vuelta en el estanque del que había huido despavorido. Miré a todos lados, pero el monje no estaba allí. En su lugar, vi sus prendas tiradas en el suelo; me acerqué a investigarlas mientras una voz en mi interior me decía que no era buena idea. Mis sospechas se confirmaron tan pronto como percibí algo que me heló la sangre: aún envuelta en aquella túnica de color rojo oscuro, pude reconocer el cuerpo del monje. Sin embargo, conforme lo observaba, me di cuenta de que estaba completamente vacío, de que no era sino un cascarón de piel, con un tono tan grisáceo que parecía capaz hasta de filtrar la luz. Partes de aquel tejido epitelial, especialmente las correspondientes a las extremidades, habían quedado enganchadas a pequeñas superficies ásperas del suelo, como ramas y piedras. Daba la sensación de que, lo que fuera ese ser, se había deshecho de su piel restregándose contra aquella superficie rugosa. Y, en lo que antes eran sus ojos, no había sino una extraña tela semitransparente. Toda la carcasa humanoide se encontraba dada la vuelta, cubierta de un fluido transparente con textura ligeramente viscosa.

Un repentino rugido, similar al bufido de un ofidio, retumbó a mis espaldas. Noté como la temperatura descendía drásticamente a mi alrededor, sin que yo me atreviese a moverme, atenazado como estaba por el terror que experimentaba fruto del ruido que provocaba lo que se encontraba detrás de mí, lo cual parecía ganar terreno arrastrándose por el suelo. Decidí al fin girar la cabeza lentamente, luchando con el intenso temblor que recorría mi cuerpo. No me atreví tan siquiera a respirar, manteniendo una pequeña esperanza de que lo que fuera que había detrás de mí no hubiese aún reparado en mi presencia.

Tras girar mi rostro tanto como mi sistema locomotor permitía, pude percibirlo con relativa nitidez, bañado por la tenue luz que emitía la vía láctea. Ciertamente era una noche hermosa, tan solo perturbada por la inmensa monstruosidad que se había mostrado ante mí.

Sostenido sobre dos musculosos miembros, con las cinco garras que salían de sus dedos hundidas en el blando suelo del bosque, se alzaba una descomunal bestia con la piel cubierta de escamas. Dos fulgurantes ojos, cuyas pupilas negras atravesaban el centro de los mismos

como un rayo en la noche, se clavaron en los míos. Lo hicieron de la misma forma en la que los del monje, o lo que fuera aquel ser que conocí en el templo, me miraron poco antes de que yo me percatara de su ausencia de humanidad.

A pesar de la falta de luz, pude apreciar la forma apuntada de su cabeza escamosa, rematada en unos abultamientos en su parte trasera. Tenía la apariencia cordiforme tan característica de la testa de muchas especies de serpientes venenosas. Detrás de eso, en lo que yo asumí que se trataba de un alargado cuerpo cilíndrico, logré apreciar una mezcla de colores entre gris y amarillo que le proporcionaban un perfecto camuflaje para fundirse entre la espesura.

Aquel imponente monstruo abrió su descomunal boca, desencajando sus poderosas mandíbulas, repletas de pequeños dientes afilados y doblados hacia su profunda garganta. De entre ellos resaltaban dos inmensos colmillos, cubiertos por una membrana muscular. De no haber estado plegados contra su paladar, no habrían cabido en su boca.

Por alguna razón, aquella bestia se estaba tomando su tiempo para acabar conmigo. Era como si, de una forma u otra, fuese capaz de percibir el terror que me infundía su presencia. Recorrió mi ropa con su lengua bífida, haciendo que mi cuerpo se estremeciera de miedo. Agarrotado por el terror como estaba y sabiendo que intentar huir no iba a servirme de nada, cerré los ojos y me preparé para lo peor. Noté la afilada punta de aquellos dos inmensos colmillos apoyándose en mi cabeza, permitiendo que un líquido de textura oleosa resbalara por mi piel, quemándola como si se tratase de ácido. Aquellas dos agujas se clavaron más profundo, perforando ligeramente mi cráneo, pero sin llegar al cerebro. Ese veneno se adentró en mí, comencé a notar cómo todo mi interior comenzaba a deshacerse, a pudrirse, a descomponerse. Hasta que, finalmente, me desplomé en el suelo.

Desperté unas horas más tarde, mirando en todas direcciones, tratando de averiguar dónde me encontraba. Una sensación de mareo inundó mi cuerpo, pero, por alguna extraña razón, mi equilibrio no se vio afectado. De hecho, notaba que me estaba moviendo con una mayor soltura.

Observé aquel estanque que, por motivos desconocidos, me resultaba tan familiar. Volví a mirar a mi alrededor, tratando de hallar algo más que me resultase conocido, pero no encontré nada. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, me sentía verdaderamente en casa.

PERVERSIÓN OFÍDICA

Me acerqué a la charca y allí pude observar mi reflejo: una piel escamosa cubría mi cuerpo, que no era más que un cilindro alargado con colores apagados. Al concentrarme en aquella imagen, logré distinguir algo extraño a mis espaldas.

Me giré, topándome con una maraña de extrañas vestimentas que yacía inerte en el suelo. Y, en el interior, encontré una carcasa de piel con aspecto humano. Con mis fuertes manos, tomé aquel manojo de pellejo y fibra sintética y, como guiado por un instinto, me introduje dentro de ella. Quizá de esa forma, la brisa matutina no me resultaría tan molesta.

Volví a dirigirme al estanque para apreciar mi nueva indumentaria. Me confería una apariencia que no me agradaba demasiado, pero algo me decía que, si quería protegerme, debía llevarla puesta. Pese a que no podía ver del todo bien, pude identificar unas extrañas figuras anaranjadas ingresando en el edificio que se erigía al otro lado del lago. Todas tenían el mismo aspecto: tenían cuatro extremidades, iban ataviadas con extrañas ropas y caminaban sobre sus patas traseras. No pude evitar darme cuenta de que eran muy parecidas al reflejo que vi en el agua hacía apenas unos segundos, al cubrirme con estos harapos. Sin embargo, aunque me veía muy similar a ellos, no podía concebirlos como semejantes, sino como algo totalmente distinto. Noté un gruñido en mi estómago y me llevé la mano derecha a la parte de aquel disfraz que cubría mi vientre. Aunque caminar sobre esos dos miembros no era particularmente agradable, aquel traje me proporcionaba una cierta agilidad. De algún modo sentía que estaba familiarizado con él, aunque no comprendía por qué.

Me dirigí con paso ligero hacia aquella construcción, que rezumaba un aura de misticismo. Algo me decía que mi misión en ese lugar apenas había comenzado.





KIHIKORIMO

POR TORRI

*Entre montañas de basura y píxeles
moribundos, un alma busca sentido.
Y en la frontera entre la vigilia y la
conexión perdida, las sombras
cobran salario.*

* * *

Otra vez me he desmayado. Ese último ramen instantáneo me ha hecho vomitar y marearme. Creo que va a ser la gamba con sabor a cartón. Necesito comer algo más sano. Ahora que mis padres me han dejado de lado por un largo tiempo, no tengo ganas de cocinar. Además, mi madre solía limpiarme la habitación. Ahora hay dos montañas de cajas de fideos vacías a los lados de mi mesa con mi portátil. La montaña de la derecha está haciendo un amago de derrumbarse sobre la estantería donde tengo las figuritas de mis chicas favoritas. Si se llegase a desmoronar, caería encima de las de Rem. No puedo permitirlo. Voy a recoger solo esa montaña y a meterla en una bolsa de basura. Luego ventilaré la habitación. De la otra me ocuparé cuando no me quede más remedio.

Vaya, se me ha caído la bolsa por la ventana... menos mal que justo debajo está el cubo de residuos. Aun así, creo que debería salir de casa. La manta que llevo encima no parece muy sucia, así que me la voy a llevar puesta. Hoy hace un poco de frío en la calle, por lo que esta manta de «La chica reencarnada en la tostadora de un wok de tofu en Mexico» me viene de lujo.

En el piso de abajo no hay nadie (obviamente) y me estoy preparando mentalmente para salir. Zapato, zapato, abrir puerta, cerrar puerta. Paso a paso, me desplazo por esa familiar carretera, sintiéndome vigilado únicamente por ese viejo y solitario Seven-11. Para esta expedición voy a rodear el hospital, con el fin de llegar hasta el final de este apagado pueblo.

Cada paso que doy me genera una molestia en la cabeza. Ahora que acabo de pasar el parque de los trineos, siento que ya no hay vuelta atrás.

Desde esta parada de bus, ya puedo visualizar el Torii. Encima de mí se halla la señal de «Sukagawa y Minamiaizu». Bien, esto es lo más lejos que he salido desde hace 4 años. Aún recuerdo que el primer año no pude salir de mi habitación por miedo de mí mismo. Me merezco una bola de arroz y un dorayaki. Aunque... lo más duro siempre es volver, desandando los pasos que he dado.

* * *

Al fin en casa. De vuelta en mi ordenador, sigo jugado a este maldito gachapón. ¡A saber cuántas horas he estado viciando! Pero... no me arrepiento de tener a todas estas chicas macetas mirándome todo el tiempo a través de una pantalla. ¿Y esto? Una notificación de correo de kaisha-kkifu@fukukai.help a hikmor@neet.net... no recuerdo haber creado ni vinculado ningún correo a mi pc desde que vivo aquí. Tiene mis siglas, pero no sé lo que significa lo demás. Parece ser una oferta de trabajo de un hotel. Me ofrecen jornada media para ser encargado de encuestas a clientes. ¿Cómo que encuestas? No tiene buena pinta. Salario mínimo, posibilidad de jornada partida, horas extra no pagadas. Lo voy a añadir a correo no deseado. Ahora que lo pienso, no tengo dinero para tirar al gacha de la maceta torreta. Necesito salir a despejarme. Iré a visitar a mi hermana.

Menos mal que en el súper recordé comprar incienso. Mientras mantengo la mente en blanco, visualizando la cara de mi hermana, dejo caer poco a poco las cenizas sobre la tierra que hay a mis pies. Eso me recuerda que ella realmente está enterrada al otro lado de esos raíles que hay a mis espaldas. ¿Podría ser su muerte la causa de mi aislamiento?

Si ella estuviera aquí, probablemente me daría una patada voladora en la mandíbula al verme en este estado penoso. Me obligaría a salir del pueblo, incluso a aceptar esa estúpida oferta. Si existiera un cielo o un infierno, ella estaría decepcionada de mí. Pero no siento que eso sea suficiente motivación para cambiar los hábitos. Solo deseo con todas mis fuerzas jugar al gachapón hasta que acabe el día. Y, así, repetir el bucle...

* * *

REFUGIO BIZARRO

«SERVIDOR CERRADO PERMANENTEMENTE». No puede estar pasando. Será una puta broma. ¿Dónde están mis plantitas sonriendo? No voy a poder volver a verlas. Nah, tiene que haber una manera. Seguro que mi progreso se ha guardado en algún lugar.

Pues parece que, definitivamente, la empresa del juego se ha deshecho de toda la información, ¿Qué sentido tiene mi existencia ahora mismo? Bueno, tarde o temprano tenía que pasar.

Encima de mí se proyecta un cielo despejado, con una ligera brisa. Debajo de mí yace mi hermana. A mi izquierda sostengo mi diario con una pluma y a mi derecha un cuchillo. Como últimas palabras diré que espero que mi hermanita no me dé un coscorrón cuando la vaya a ver. No me arrepiento de nada en esta vida.

* * *

Al final no he sido capaz de reunirme con ella. No creo que esto sea un final del que nadie se sienta satisfecho. Sé que a nadie le importo y no creo que nada cambie. Ya estoy hecho un lío. Lo único que me queda es responder a ese correo de la oferta. De paso me compraré una bola de arroz, que me la merezco...

Me responden que puedo ir directamente a la oficina del hotel a hablar con el gerente. En coche es media hora, pero hace mucho que no conduzco, sería muy peligroso. En tren tengo que ir al pueblo de al lado y tardo dos horas. Sería muy peligroso ir y volver todos los días, así que creo que voy a pasar. Me da escalofríos solo pensar en la cantidad de gente que usa el tren, nos tendrán que empujar dentro del vagón como piezas de Tetris hasta que puedan cerrar las puertas.

Parece que acabo de recibir un mensaje nuevo en el que me dicen que me traen en coche y me dejan hospedarme allí un mes como mínimo. Como no tengo nada que perder (mis katanas están protegidas por una aseguradora), confirmo.

Me dan un lugar y una hora de recogida, que cumplen puntualmente. Mientras me están llevando en coche, empiezo a rememorar cómo me encerré en mí mismo. En aquella época ya sabíamos que nuestra casa no tenía plomos. Nadie quiso revisar o cambiar los fusibles, porque nunca pasaba nada. Nos dimos cuenta del problema cuando encontramos el cuerpo

de mi hermana sin vida en el salón, mordiendo el cable del kotatsu. En ese momento, mis padres se alejaron de allí sin poder mirarme a la cara, como si yo tuviera la culpa. La situación parecía el ejemplo perfecto de padres estrictos, señalando a algo que en realidad es su culpa y, aun así, teniendo el estómago para victimizarse por ello.

* * *

La entrevista ha sido un poco rara. Ya de por sí he tardado en entrar al hotel porque, al abrir la puerta del coche, me sentía incapaz de pisar el suelo. Suelo desconocido, lejos de mi pueblo. El chofer no dijo ni una palabra, todo el rato había estado mirando al frente. Ni siquiera me ha echado la bronca por estar con la puerta del coche abierta durante 20 minutos, hasta que me atreví a salir. No es que no quiera entrar al hotel... ¡Ah si! ¡La entrevista! Pues un hombre que se hacía llamar «el relojero» me atendió con una sonrisa de oreja a oreja un poco falsa. De relojero solo tenía la chaqueta, de color marrón vaca.

Empezó preguntando cosas lógicas como dónde vivo, lo que hago con mi vida, etc. Luego derivó la conversación a otras cosas que no entendía mucho, que si meditar, que si «sexto sentido», que si «oigo voces». Al momento de responder todas esas preguntas raras, su risa falsa se fue convirtiendo sutilmente en una verdadera.

Procedió a explicarme el procedimiento con los clientes. Básicamente tengo que ir por cada piso a una hora en concreto a llamar puerta por puerta preguntando la calidad del lugar, servicio y atención. Hay tres pisos, tampoco hay mucho que hacer. El resto del tiempo me ha dejado hacer lo que me plazca. Firmé un trozo de papel y me dieron un traje y una cabina para dejar mis cosas. Ya mismo quiere que me ponga a ello. Los horarios son Hall descanso 18:00, Piso 1 18:30, Piso 2 19:00, Piso 3 20:00.

* * *

Ya he finalizado mi jornada y ha sido una autentica basura. En el primer piso hablé con unos estudiantes que huyeron de sus familias porque les exigían demasiado y les amenazaban con dejarlos sin comer. Les gustaban las habitaciones, pero no soportaban que un compañero o conocido que estaba en la habitación de al lado tuviese una llave con la que se encerraba en

REFUGIO BIZARRO

su cuarto. No se cortaron en decirme que le hacían bullying, principalmente cuando llegaban las horas de comer. Ese mismo chico no quería salir al exterior para no cruzárselos y me exigió que el hotel le dejase comida instantánea en todo momento frente a su puerta. En cierto modo, me recordó a mí.

El segundo piso fue un desmadre. Nada más subir, me enganchó el de la primera habitación, quejándose de que nadie le hacía caso por estar «por encima de todos». Quería que hubiera un sistema de prioridades donde él estuviese el primero, ya que se autoproclamaba «el mejor huésped del edificio». Puso de ejemplo a su compañero de pasillo, que destrozaba el mobiliario. Fue asomarme a su habitación y comprobar que tenía el papel de pared completamente rasgado, algunos cristales rotos por el suelo y unos símbolos de índole demoniaca que no llegué a distinguir del todo. Ya me disponía a volver a la planta baja para descansar cuando, de la nada, apareció el presunto autor del destrozo para señalarme. A decirme que si porto una maldición, que si se van a aprovechar de mí...

Por suerte, el tercer piso era más tranquilo. Dos chicas con un portátil, a su bola. Con una me puse a hablar un rato del gachapón de las plantas. Me contó que no podía dejar de ver memes y videos cortos random en el portátil. Necesitaba estar así mínimo dos horas antes de irse a dormir. Su única queja fue la calefacción, pidiendo que, como mínimo, la hicieran funcionar por la noche. La otra chica ni me miró. A lo mejor ni se dio cuenta de que estaba ahí. No paraba de escribir en lo que entendí que era un blog. O, a lo mejor, estaba haciendo un fanfic de sus animes favoritos. Me di cuenta de que, si hacía frío en esa habitación, era porque se había dejado la ventana abierta, pero parece ser que eso no le importaba.

Después de todo el caos, tuvimos una charla el relojero y yo. Aunque, más que una charla, parecía un interrogatorio, pero un interrogatorio con fines de reclutamiento. Honestamente, no me veía quedándome ahí, y tampoco nos veíamos encajando él y yo. Intentó, como un político, hacerme ver que era lo mejor que me podía pasar, que era una oportunidad única y que mejoraría mi vida.

Agradeciéndoselo, tuve que rechazarlo por completo. Todo este día me ha superado por completo. No he dejado de pensar en estar tumbado en mi habitación. Le di las gracias al relojero y me fui de ese sitio.

Mientras, paso a paso, me desplazo por la calle, la pregunta que ronda ahora mi cabeza es: «¿cómo vuelvo a mi casa?»



*«Una palabra justa siempre obtiene
respuesta, mientras que una injusta sólo
encuentra oposición»*

—Wu Cheng'en

* * *

—Aunque caminas, eres solo un moribundo —dijo Lásaluo a aquel jovencito que, con mucho fervor, se encontraba manifestándose por la *Zhugandao*, entonando cánticos hacia el dios de *Huoxing*— no te sirven de nada tus dobles sentidos...

El muchacho, impávido más que molesto, se detuvo en seco y rebajó lentamente su fervor para terminar casi cabizbajo frente a aquel hombre.

—¿Quién eres tú para hablar de esa forma? —preguntó curioso el muchacho— ¿no te das cuenta de lo que pasa en el mundo ahora mismo? ¡Lo que se está gestando aquí mismo! —exclamó profuso.

Lásaluo asintió.

—Por supuesto que me doy cuenta, pero la violencia de tu mensaje y de tus hermanos —dijo Lásaluo señalando con el índice a aquellos que vestían los penachos rojos— puede ser muy contundente... pero no es la verdad.

El muchacho se quedó como mirando un punto fijo. Tras volver en sí mismo, agitó la cabeza y frunció el ceño para dar un escupitajo al suelo en señal de desprecio por Lásaluo y siguió caminando.

Lásaluo, sin molestarse, se limitó a menear la cabeza con decepción.

REFUGIO BIZARRO

—Llevan días con esto ya... —dijo Zhao, el boticario, que apareció tras Lásaluo con su característico temple de monje— me preocupa que estos días en los que se ha estado gestando esto se vea reflejado de otra forma en el más allá.

—¿No será que este es el más allá? —preguntó Lásaluo, para luego sacudir la cabeza y añadir— bueno, no importa. De todas formas, sabemos que ambos lugares son el reflejo del otro... sea lo que sea, en efecto, es alarmante.

Zhao se frotó el mechón que colgaba de su mentón y sujetando su hábito naranja puso la mano sobre el hombro de Lásaluo y le dijo con cierta perspicacia que puede ser confundida con malicia característica de la gente de Nankín:

—Deberías hacer algo al respecto, Lásaluo. No porque te lo digo yo, sino porque está escrito y así debe ser.

Lásaluo, algo confundido, dirigió la mirada a Zhao, quien al notar la confusión de Lásaluo se rio levemente y dijo:

—Todos se quedan con que estuviste muerto, pero tienen que leer el *Ensalmo* completo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lásaluo— ¿a que estuve muerto y ahora vivo?

—No —dijo Zhao tajante— eso sería redundante, cliché y estúpido —se frotó la barbilla, asentó la mirada con firmeza y determinación con la misma cual sentenció el destino escrito de Lásaluo:

—Aquel que había muerto ahora vive... y habla.

Zhao dio media vuelta y se dirigió de regreso a su botica. Lásaluo no respondió la sentencia y se quedó pensativo mientras vuelve a dirigir la mirada en los penachos rojos que se veían a la distancia, entonando aquellos cánticos provenientes de una ira sin sentido y entonces comprendió lo que quiso decir Zhao.

—Había muerto... vivo... y hablo... —dijo mirando al suelo— hablo... ¿pero qué hablo? ¿qué es lo que debo hablar?

* * *

Yíkaruo se mantenía firme de pie sujetando su lanza de cobalto y veía orgulloso como la multitud elevaba los penachos en nombre del dios de *Huoxing*. Extendiendo sus alas con fuerza que imponían como martillo de juez, hizo callar a todos.

YÍKARUO Y LÁSALUO

—¡Hermanos! —exclamó— ¡hoy hemos recorrido esta remota región con la firmeza digna de nuestro dios! ¡Pronto más hermanos comprenderán que nuestra causa es justa y sabrán quién debe ser el ídolo!

Los penachos rojos clamaban con fuerza, Lásaluo movía sus alas en señal de reverencia ante sus halagos. Entonces, oyó la voz de su maestro, le hablaba desde el corazón: “tú sabes bien que esos gritos no deberían ser por ti, sino por mí... no te olvides quién es tu dios o, como tú dices, el que debería ser el ídolo”.

Yíkaruo mantuvo su semblante altivo para no preocupar a sus hermanos y retornó a la sala de la Administración de la Sístole Roja.

—De veras que no te entiendo... —dijo Yíkaruo, molesto, lanzando la lanza de cobalto al suelo en señal de frustración— ¿entonces por qué lucho por ti? ¿por qué? ¿no ves que estoy jugándome la vida y quizá más por tu planeta? ¿qué gano yo con esto?

No obtuvo respuesta, suspiró con fuerza y usó sus alas como diván para reflexionar. Recordó entonces cuando apenas era un penacho como sus hermanos de guerra y habían llegado al planeta *Huoxing*. Había soñado con la ciudad de Livatí y pudo sentir el fervor en su corazón, sabía inmediatamente que ese era su destino. Cuando despertó usó sus alas para elevarse. “Se repetirá la historia” decían las malas lenguas, pero Yíkaruo se elevó tan alto que logró alcanzar el planeta *Huoxing*, desierto y lleno de dunas. El vendaval, acompañado de una suerte de granizo de barro, no le permitía emprender el vuelo ahí. Entonces la vio a la distancia. Alta, de piel azulea y con un rostro poco expresivo, portando una corona de una suerte de oro blanquecino con curiosos arabescos que relucían signos de un lenguaje que no comprendía y que brillaban con un azul tan bello como la piel de esa princesa. Con sus cuatro brazos extendidos, le habló a la consciencia de Yíkaruo, él se acercó lentamente y se hundió en sus delicados senos. Ella aferró con firmeza el cuerpo del joven al de ella, sujetando con una de sus delicadas manos su frente e Yíkaruo no podía sentirse más a gusto entre los brazos de ella a la par que sus sentidos humanos eran inundados por aquel aroma desconocido y que podía saborear... eran nuevos sentidos que estaba descubriendo, ella le estaba enseñando otro tipo de amor.

La princesa apartó a Yíkaruo de sus pechos, pero este insistía, de pronto, la corona habló y causó una suerte de impacto sonoro que vibraba en las dunas. Con un sonido metálico, casi

REFUGIO BIZARRO

musical, la princesa siquiera extendió uno de sus brazos y paralizó al joven Yíkaruo y sin tener que abrir la boca siquiera, aquella corona musical habló:

—Vendrás a Livatí conmigo, te mostraré y enseñaré placeres y sentidos que nunca habías experimentado, tal como te lo prometí en tu sueño, solo que no será un sueño y será la realidad —dijo a la par que con dos manos se frotaba los senos delicados.

—¿Qué debo hacer? —dijo Yíkaruo, casi hipnotizado y tartamudo.

—Obedecernos, debes obedecernos —dijo firmemente para finalmente llevar sus dos brazos superiores a su corona y removerla. Relució un hermoso cráneo de grandes proporciones y con cicatrices que parecían hormigas o abejas revoloteando constantemente, como una ilusión difusa.

—Te enseñaré el nuevo amor, el amor rojo y volverás con tu gente para decirles que me sigan... solo así podrás tenerme siempre y para siempre. ¿Aceptas?

Yíkaruo corrió como un niño y nuevamente se aferraron con firmeza. Claro que Yíkaruo cumplió lo que ella le había pedido y ahora mismo se encontraba gestando lo que ella había implantado en su consciencia.

Por un instante, Yíkaruo volvió a sí mismo y comprendió por qué debía permanecer en la lucha. No se trataba de que lo adoraran a él, por muy placentero que se sintiera, se trataba del placer que le brindaban... el que le brindarían si adoraban al dios de *Huoxing*.

Recogió su lanza de cobalto del piso y se prometió a sí mismo terminar de gestar ese mismo día lo que ya había soñado pues sabía que pronto estaría nuevamente entre los senos de la Princesa Ananya de Lavití, consorte del dios de *Huoxing* y solo eso le reconfortaba como las melodías metálicas y musicales que aún vibraban en su corazón.

* * *

Yíkaruo retornó junto a sus hermanos confundido. Desconocía cuánto tiempo había estado absorto en sus recuerdos, pero ahí estaban ellos, dándole la espalda y escuchando a Lásaluo, aquel que había muerto, quien a la par que movía sus pies de manera extraña, hablaba y todos le prestaban la atención.

—Les han prometido cosas que no son terrenales y que confunden con divinas —decía Lásaluo sin parar de mover sus pies de esa forma— les han prometido nuevas experiencias y

sentidos que ustedes llaman placeres... parece que ignoran que todo eso es efímero, pero las consecuencias no.

Yíkaruo sujetaba su lanza con ira, pero la gota que derramó el vaso fue cuando Lásaluo sentenció a la par que movía los pies cada vez más rápido. Entonces Yíkaruo comprendió lo que estaba haciendo Lásaluo... estaba danzando.

—¡Están siguiendo los antojos de un ídolo y como todos los ídolos son falsos, y esos antojos solo los conocen porque han satisfecho los antojos de otro! —extendió la mano en alto y señaló a Yíkaruo— ¡tú Yíkaruo! Eres portavoz de cosas que aunque sean reales, no son la verdad... has sembrado discordia en nuestro mundo y has convencido a los hijos de las madres para que se unan a tu causa y derramen sangre entre sí... ¿no te da pena ofender a las madres de estos muchachos que llamas penachos de esta manera? ¿no se te parte el corazón cuando las ves de luto en la *Capilla de Retazos* sabiendo que a sus hijos nunca los volverán a ver? ¿o es que tanto te engatusó esa ramera?

Yíkaruo arrojó la lanza con fuerza y se clavó en el pecho de Lásaluo en el instante, atravesándolo por completo. Poco a poco se fue cristalizando a la par que crujían melodías metálicas similares a las de *Huoxing*.

—¿Cómo osas hablar así de la Princesa Ananya maldito reanimado? ¿de qué te sirvió que te devolvieran la vida si te la arrebató con esta lanza forjada por hábiles artesanos del Narayan de Lavití.

Lásaluo, escupiendo sangre y apenas pudiendo hablar decía...

—Esto... esto es tan falso como sus promesas, Yíkaruo —dijo tosiendo— lo peor es que sabes que esta lanza no es de plata y les... les...

Yíkaruo se elevó con velocidad hacia Lásaluo y le dio una patada a la par que lo azotaba con las alas, no obstante, este aún resistía. El error estuvo en que los azotes provocaron que las melodías metálicas reverberaran con la voz de Lásaluo, que se escuchaba con fuerza por todo el *Zhugandao* y hacía danzar a los peces de las orillas del río Karnali.

—Esta lanza es de cobalto —dijo Lásaluo sujetándola del mango— es peor que el oro de los tontos, es la plata falsa... eres tan falso que no te crees tu mentira ni por más que te la planteas...

REFUGIO BIZARRO

Yíkaruo, agitado, comenzó a revolotear sin tomar en cuenta lo atónita que estaba la multitud al oír la voz fuerte y vibrante de Lásaluo, quien volvía a morir, a mano de la lanza de cobalto de Yíkaruo.

—La mentira tarde o temprano... flaquea...

—¡Basta! —exclamó Yíkaruo— ¡Basta!

—¿Te duele Yíkaruo? —decía Lásaluo— ¿te duelen mis palabras? Pues piensa en el dolor que has causado... piensa que lo que mi muerte provocará...

La multitud estaba atónita, Lásaluo escupió su último grano de alma y lo último que pronunció reverberó tan fuerte en el corazón de los muchachos que lo rodeaban que ni siquiera eran capaz de sentir odio por quien había dividido a la nación entera por placeres que desconocían. Decían que estaban dispuestos a matar por el dios de *Huoxing*, pero no pudieron soportar la muerte de Lásaluo. Y aunque Lásaluo nunca más volvió a vivir, murió, como dije, pronunciando la Verdad de forma tan fuerte como el lazo que se forjó entre aquellos que estaban ahí ese día.

Desde ese entonces, la gente de *Shamballah* suele visitar la estatuilla de Lásaluo con la lanza de cobalto que ahí quedó petrificada. Por instrucción de Zhao, quien estudió la curiosa muerte que provocó aquella lanza musical que petrificó a Lásaluo y, comprobó que, si alguien intentaba removerla... volvería a oír sus últimas palabras. Desde entonces, se dictaminó por Ley que, todo aquel que tenga dudas, que remueva la lanza y podrá sentir provenir directamente desde el corazón de Lásaluo sus últimas palabras, que no es más que la Verdad. Y cuando la Verdad llega, se acaban las dudas, ¿no es así?

—Pero, ¿qué fue lo que Lásaluo pronunció?

—La Verdad —afirmó Zhao— ¿no les he dicho ya? ¡si no me creen compruébenlo por ustedes mismos! ¡no hace falta ni tener oídos para escucharla! Pues la lanza tiene propiedades relacionadas a las vibraciones del Tao y el Tao que...

Los muchachos partieron corriendo hacia el *Zhugandao*, entusiasmados por saber la Verdad, o quizá por llevarle la contraria al viejo boticario y jactarse de que la lanza no habla. Zhao solo se ríe, pues la Verdad no se puede ocultar, nunca. Él ni siquiera estuvo presente cuando Lásaluo murió, pero aun así la conoce, pese a no haberlo visto. A día de hoy, se comenta, los corazones de todos en *Shamballah* latén al unísono de la Verdad proveniente del corazón del difunto Lásaluo, vocero de la verdad, aquel que murió por transmitirla.

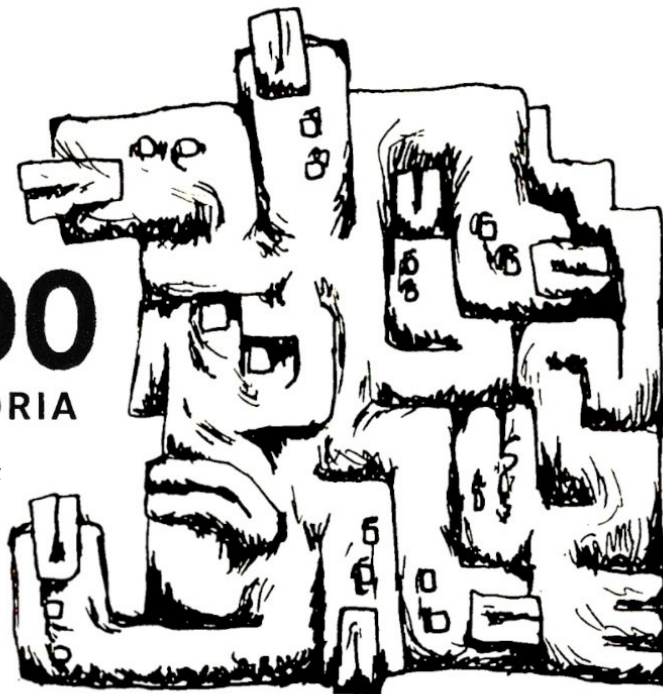
BYAKUYA LUNA PRESENTA:

LA PROA DEL INFRAMUNDO

CANOA, CUÉNTAME TU HISTORIA

Cuando las olas se abren, el abismo reclama su tributo. Una joven mestiza desafía a dioses antiguos y despierta aquello que jamás debió volver a respirar.

* * *



De entre las olas del mar Caribe emergió una canoa hecha de corteza.

—Mercedes, vete.

Al oír la voz de su abuela, Mercedes, que acababa de cumplir trece años, apoyó la mano en la canoa.

La canoa que la abuela, una arahuaca, había convocado con magia, estaba fría y húmeda, como si hubiera permanecido en el fondo del mar. Al intentar subir desde la playa, Mercedes trastabilló por el peso del vestido nupcial. La abuela no le ofreció ayuda; seguía murmurando oraciones entre los dientes.

Mercedes, mestiza de sangre española, no había aprendido la lengua materna de su abuela, el arahuaco. «Si hablas arahuaco, te atraparé la serpiente», le habían dicho. Era una lengua cargada de magia: antaño los arahuaco dominaban las olas, conjuraban canoas y hacían llover estrellas.

—Algún día llegarás a una gran isla. Sigue allí a quien primero encuentres.

En los registros civiles figuraba como «negra», pero su abuela era una arahuaca de pura sangre, como aquellos que antaño habían dominado el Caribe.

—Abuela, yo...

—No puedes quedarte aquí. Los sacrificios de los dioses no se hacen con los que no son de pura sangre.

—Abuela, no te olvides de mí.

REFUGIO BIZARRO

Aunque Mercedes llamaba desde la cubierta, la abuela no la miró. Cuando la canoa mágica se deslizaba entre las olas, el mundo de los vivos no podía percibirla.

Mercedes bebió un licor somnífero de color gris lechoso, servido en una botellita cilíndrica. Aunque despertara, no debía abrir los ojos hasta llegar a tierra firme. Había otros que atravesaban las mareas del mismo modo. De entre las olas llegó un cántico. Sonaban tambores y el aullido lejano de muchos animales. No pudo evitar recordar cuando se ocultaba en un refugio en la montaña para que su padre alcohólico no la encontrara.

Su padre nunca quiso a Mercedes. No comprendía los deseos de su hija, ni mucho menos sabía lo que había de suceder ese día. Seguramente estaría otra vez borracho, perdido por la sierra. La abuela sufría por él, y es que su hijo se había vuelto un hombre que renegaba de la pesca y se postraba ante enfermos miserables.

Cada vez que Mercedes sentía que iba a despertarse, bebía un sorbo del licor. El vestido de novia se empapaba y luego se secaba, quedando áspera su textura. Finalmente, con una sacudida, la canoa dejó de moverse y pudo sentir bajo su cuerpo el suelo firme.

Cuando oyó el sonido de las olas contra la orilla, Mercedes alzó su rostro. Hasta el momento, había hecho mucho frío, parecía que fuese de noche; sin embargo, al abrir los ojos, sintió una bocanada de calor abrasador.

El aire olía a frutos almibarados. No se oía ni el zumbido de insectos ni el canto de aves; sigilosa, Mercedes asomó la cabeza por el borde de la canoa. En la playa, un hombre fornido la observaba agazapado. Y, al tratar ella de esconderse, pudo ver una sonrisa en los ojos del desconocido. Tenía un rostro mestizo, sin rasgos de ninguna tribu en particular, como el de ella.

—Ven —dijo él.

El instinto de Mercedes le advirtió del peligro. Sentía la sangre latir con fuerza. Pero, cuando cruzaron miradas, su cuerpo dejó de responder; era como si hilos invisibles la arrastraran. Por ello, bajó de la canoa sin poder resistirse.

El hombre llevaba un taparrabo tradicional y adornaba su cabeza con plumas de aves brillantes, grandes hojas y flores.

—Tienes un olor extraño... Veamos si puedes ser ofrecida —dijo, rodeándola.

LA PROA DEL INFRAMUNDO

Cada vez que él caminaba a su alrededor, Mercedes sentía algo frío y blando rozándole la piel.

«Una serpiente», comprendió.

—¿Puedes sacrificarme? —preguntó ella.

Su respiración se aceleró; su cuerpo latía como si fuera a estallar.

—Una mestiza... no soporto a los portadores de plagas, pero se nota que has sido criada en un lugar limpio —murmuró el hombre.

El padre de Mercedes tenía sangre arahuaca y española; en la sangre española corría también la de los turcos. Su madre era una altiva caribeña que, al ver que su hija se parecía a los condenados españoles, había decidido regresar a su hogar.

—Hueles a magia —dijo el hombre.

De pronto, su cuerpo de la cintura para abajo se transformó en una serpiente, y de su espalda brotaron plumas extendidas. Su boca se abrió, liberando un hedor a salitre.

Un sudor frío corría por todo el cuerpo de Mercedes, pero su mente estaba entumecida: no sentía miedo. Quizá aquel embrujo se mantendría incluso aunque la rompieran los huesos.

Los ojos del hombre se parecían a los de su abuela.

—Llevas veneno en ti —susurró, acariciando la piel suave de la muchacha y rozando sus labios con la mano helada.

—Soy Mercedes. Acepta mi sacrificio... y hunde la isla.

Le transmitió a la serpiente las palabras que su abuela le había susurrado desde niña. El rostro de la anciana se perfiló en su mente, con sus ojos delgados y arrugados, que ya no reflejaban la luz. A aquella mujer le habían arrebatado la pureza los «adoradores de los espíritus blancos», portadores de enfermedad y violencia.

—En la isla hay muchos de sangre pura... —dijo Mercedes.

El hombre la miró con sus ojos verdes y profundos.

—Tu veneno está en el corazón —dijo, soltándola lentamente y poniéndose en pie— Mercedes, vete. Él lo va a percibir.

Señaló la canoa. Vestida con su traje de novia, Mercedes sintió cómo el dolor punzaba su pecho. Sus palabras eran como un cuchillo clavado en el corazón. La ira la invadió, dando paso a lágrimas ardientes.

REFUGIO BIZARRO

—¿Por qué los viejos dioses nos han abandonado? ¿Acaso no nos queda otro remedio que mezclarnos con los malditos o dejar que se extinga hasta el último de nosotros?

Era la desesperación que su abuela le había transmitido durante su vida en la montaña, tragándose el dolor y el miedo. Los ojos vacíos de su padre, las miradas burlonas de los hombres... la sombra de su madre, que la hacía arder.

—Ah... Tu veneno lo ha despertado —dijo el hombre, arrepintiéndose de haber confiado el fuego a los ancestros de Mercedes.

Una parte de la isla comenzó a temblar. Del suelo brotó una oscuridad densa, tan pesada que hizo vibrar la tierra. El canto, nacido de la mente del ser que despertaba, se volvió insoportable; Mercedes se cubrió los oídos para no enloquecer.

Desde lo más profundo de su alma, su instinto primitivo lanzó un grito mudo. La tierra se agitaba, y las olas, cada vez más altas, cercaban la isla. La canoa acudió a ella y la recogió, mientras el hombre se deshacía entre las aguas, fundiéndose con las olas en una masa informe.

Mercedes no alcanzó a verlo, pero la isla dejó de ser roca: se transformó en una cabeza colosal, cubierta de innumerables bocas y tentáculos. Ghatanothoa.

Al fin, el momento había llegado.

Mercedes exhaló, contemplando cómo una corriente oscura se mezclaba con el mar cristalino.

Oh, dios sagrado que devoras las islas, que tu vida dure por siempre.

Y que la admiración que los hombres sienten por lo desconocido quede maldita.



FEDERICO GARRIDO VILLAR PRESENTA:



*Déjame descubrir el dolor por mí mismo,
déjame alcanzar los ignotos umbrales
del mal que no tiene rostro,
del horror sin límites ni fronteras.*

* * *

Después de once años en París, Vicente Ayala regresó a su casa llevando consigo una maleta cargada de libros, un hatillo de ropa y cientos de recuerdos imborrables de una vida bohemia, impregnada del ambiente de la capital francesa. Ayala era escritor, y durante su larga estancia en París, alojado en un cuartucho ruinoso del Barrio Latino, había conocido a otros muchos jóvenes semejantes a él, viajeros o exiliados, que se llamaban a sí mismo artistas. Había

llegado al poco tiempo de acabar la Gran Guerra, en busca de la inspiración que ya no encontraba en su país y que sabía que la urbe parisina ejercería sobre él, y no tardó en hacerse un pequeño nombre entre la colonia de españoles. Un día conoció a Picasso, y de su encuentro conservó un retrato propio al carboncillo. En la Closerie des Lilas del Boulevard Montparnasse conversó acerca de la pasada guerra con un joven Hemingway, con Scott Fitzgerald y con Pound. Visitó con frecuencia el café Les Deux Magats en Saint Germain des Pres, donde habló un par de veces con el irlandés Joyce, y una noche Gertrude Stein, en presencia de Hemingway, leyó el manuscrito de su relato Los viajeros. Durante años se jactó de haber pasado una larga noche de francachela con Hemingway y un catalán llamado Ferré, que escribía poesías con una pasión desbordante, como si el mundo se fuese a acabar antes del primer verso. Vivió plenamente aquellos once años parisinos, hizo muchas y valiosas amistades y, por encima de todo, publicó la mayor parte de sus relatos. Al principio, sus historias de terror-pues tal era el género por el que sentía predilección-no encontraron lectores en el público francés, pero poco a poco se convirtieron en cuentos de relativo éxito pero limitada circulación, y Ayala se pudo ganar la vida gracias a ellos. En París conoció a un par de escritores estadounidenses que cultivaban también el relato de miedo, y gracias a ellos mantuvo una breve pero intensa correspondencia con un tal Lovecraft, que le dio acertados consejos que le sirvieron mucho para sus posteriores trabajos. En esa época entabló amistad con un compatriota de mirada lánguida y aire distraído, un escritorzuelo llamado Dimas Carranza. Procedía de Cádiz y aseguraba haber combatido en el frente durante la Gran Guerra, llevado por su amor hacia su país de acogida. Había ejercido una infinidad de trabajos desde el armisticio y afirmaba que, gracias a Hemingway, decidió dedicarse al periodismo. Cuando Ayala le conoció, Carranza escribía breves relatos para un diario parisino de pequeña tirada, y ambos ejercieron una mutua influencia entre sí. Después de varios años de colaboración y de una íntima amistad, Carranza regresó a España llamado por su familia, y aunque mantuvo su contacto con Ayala a través de cartas, no volvió a verle con vida.

Una mañana de junio de 1929 Vicente Ayala llegó en tren a Madrid, con una dirección anotada en un papel en la mano y la última y desesperada carta de su amigo en un bolsillo. Era esta misiva, escrita un par de meses antes, la que había provocado el repentino regreso de Ayala a su ciudad de origen, muy a su pesar. Madrid en aquellos días le pareció la antítesis de París, y si Ayala encontraba en la capital francesa luminosidad y risas, poemas recitados

entre humo de tabaco y música de Cole Porter, colores vivos, cuadros de Gauguin y Cézanne, el bullicio de los Campos Elíseos, el Louvre, la luna reflejada en el Sena, en Madrid, por el contrario, veía decadencia y frases vacías, airadas discusiones a favor y en contra de Primo de Rivera, mendigos en los portales, mítines republicanos, calles oscuras, la Gran Vía atestada de carruajes y vehículos a motor, un Manzanares sucio y triste, árboles deshojados en el Retiro. La capital de su patria se le antojó tan deprimente que deseó encontrar cuanto antes a Carranza para ayudarle, y regresar enseguida a su añorada París.

Después de alquilar una habitación barata en un discreto hotel, atravesó la Puerta del Sol y recorrió la calle Méndez Núñez hasta dar con la dirección que llevaba anotada. Se detuvo ante la fachada gris, llena de desconchones, de un edificio antiguo, y subió unas escaleras desgastadas hasta una pensión que respondía al nombre de «Gómez». Llamó al timbre y abrió la puerta una mujer anciana, de rostro enjuto y ojos legañosos. Ayala preguntó por su amigo y la vieja frunció el ceño.

—¿El señor Carranza? Si es usted pariente o amigo, que sepa que me adeuda un mes de alquiler. Deberá pagarme antes de que le diga nada.

Ayala le abonó la cantidad de pesetas ante su insistencia y luego le preguntó por el paradero del escritor gaditano.

—El señor Carranza se largó hace un mes. Un mes justo. Una mañana se me acercó y me dijo que tenía cosas urgentes que hacer, qué sé yo. Yo no pregunto, ni meto las narices en asuntos ajenos. Me dijo que tenía que marcharse y que comería fuera, que volvería para la hora de la cena. Pero no volvió. Cuando pasaron unos días, recogí las cosas que había dejado en su habitación y las guardé en el trastero. Por otros clientes, ¿sabe usted? Esto es una pensión, aquí se aloja la gente y no es cuestión de dejar un cuarto sin ocupar solo por unas cuantas cosas. Pues nada, guardé las pertenencias de su amigo, pensando que volvería, pero no lo hizo. No, señor.

Ayala le hizo varias preguntas a la señora Gómez, pero no descubrió nada más. Merced a unas pocas pesetas, la dueña de la pensión le entregó al escritor las escasas posesiones de Carranza y con ellas regresó a su hotel. Se encerró en la habitación y examinó con tranquilidad los pocos objetos personales de su amigo. Además de varios utensilios de aseo, algunas prendas de ropa y un par de zapatos, Ayala encontró un cuaderno vacío, algunos libros de escaso interés, el borrador de una carta que Carranza jamás llegó a enviar, fechada

REFUGIO BIZARRO

dos días después de la que le mandó a su amigo de París, y un inquietante manuscrito que llevaba por título El Libro Escarlata. En primer lugar, Ayala echó un vistazo a la carta inacabada y que no difería sustancialmente de la otra que le había impulsado a viajar a España. Decía así:

Estimado amigo:

Necesito tu ayuda. Te he hablado en alguna ocasión de El Libro; no es asunto para tomarlo a broma. No es lo que imaginaba, no es nada de lo que jamás haya visto, ni remotamente parecido. Quirón me lo advirtió: «Tú no escribes El Libro; El Libro escribe tu destino, tu final. Con letras de sangre.» Ahora sé, demasiado tarde, a qué se refería. Por favor, necesito que vengas a verme y que arrojes al fuego el manuscrito; yo no tengo valor para hacerlo. Ni valor ni ánimos. Estoy aterrado y ya ni siquiera duermo por las noches. Tienes que venir, Ayala; ven cuanto antes y, te lo ruego, no se te ocurra leer El Libro. Si no me encuentras en la pensión, ni en ningún otro sitio, quema todo lo que me haya pertenecido. Absolutamente todo. Has de saber...

La primera carta, aquella que llegó a manos de Ayala, hablaba de lo mismo, de un misterioso libro que Carranza había mencionado en otras ocasiones de manera distinta- la Obra, el Relato, la Historia-, pero siempre de forma imprecisa y con temor reverente. Y fue ese temor, aunque velado, que Ayala detectó en la misiva, junto al encarecido ruego de su amigo para que acudiera a Madrid para ayudarle a destruir un libro, lo que le llevó a tomar un tren y regresar a casa. Pensaba que Carranza necesitaba su ayuda de manera urgente, aunque no sabía qué relación tenía con ese enigmático libro, y ahora, al leer aquel borrador, se daba cuenta de cómo le había afectado a su amigo una narración de la que no sabía nada, *El Libro Escarlata*, si era en verdad aquel tomo de tapas duras, encuadernado en piel, que tenía ante sí, en la soledad de su habitación. Comenzó a imaginarse a Carranza, un hombre ya de por sí dado a las fabulaciones y a las ideas extravagantes, obsesionándose con aquel libro, y sintiéndose días tras día más atado a él. En la carta inconclusa mencionaba a un tal Quirón y la advertencia de éste para que no terminase el libro. ¿Se trataba acaso de una historia que otro u otros comenzaron en el pasado, quién sabe hace cuantos años y que Carranza, llevado por su espíritu inquieto, quiso concluir, sin saber lo que podía ocurrir? Ayala arrugó el ceño

EL LIBRO ESCARLATA

y sacudió la cabeza, incrédulo. No concebía la idea de que un relato incompleto pudiese acarrear desgracias a aquel que se atreviera a terminarlo. Lo que había ocurrido, según su opinión, es que Carranza, con la mente ya ofuscada por otros problemas e inquietudes, se obsesionó con un libro que, fuese él o no su autor, no dejaba de ser un libro, y que por ello abandonó Madrid de forma precipitada. Ayala conocía bien a su amigo como para suponer que, como en ocasiones anteriores, una idea en apariencia absurda le había llevado a un estado de desesperación rayano en la locura, y le había impulsado a cometer una estupidez, como la de escapar de Madrid perseguido por un temor sin motivo.

Ayala observó el libro en octavo mayor con tapas rojas que descansaba sobre la cama. El Libro Escarlata. Carranza le había reiterado, tanto en la carta enviada como en el borrador que acababa de leer, que no se le ocurriera léelo. Pero, ¿qué había de malo en leer un libro? En el pasado se había matado por determinados libros o ideas contenidas en libros, pero estaban en pleno siglo XX. Seguía habiendo guerras y crímenes, pero no por culpa de libros y novelas. Una persona normal no mataba por un libro o se obsesionaba de un modo que le trastornara la cabeza y le llevara a temer un objeto inofensivo. Aunque, ¿era Carranza una persona normal? En París, Ayala recordaba algunos aspectos de su personalidad que ahora consideraba de manera diferente. Quizá su aire ausente revelaba un carácter débil y paranoico. Ayala lo había conocido durante varios años, pero nunca se conoce verdaderamente a una persona.

Cogió el libro con cautela y pasó las manos por la cubierta. No podía imaginar que ese objeto hubiese provocado tal miedo en Carranza y su huida de la ciudad sin avisar a nadie. Ayala se detuvo a pensar en ello: hasta el momento, nadie le había asegurado que su amigo no siguiese en la capital. Antes de hojear el libro, decidió averiguar el paradero de Dimas Carranza.

Con una de las fotografías de su amigo en la mano, visitó los bares y restaurantes del barrio donde estaba la pensión Gómez, y solo en uno de ellos un camarero recordaba haberle visto un mes atrás, una noche en que Carranza entró visiblemente agitado, pidió una copa de cazalla y se marchó sin ni siquiera probarla. Ayala visitó los hospitales, pero sin éxito: en ninguno habían ingresado recientemente a un paciente que respondiera a la descripción del gaditano. En la policía no le fue mejor; consultaron sus archivos de desaparecidos y asesinados, pero Carranza no figuraba en ninguno de ellos. Ayala aprovechó para cursar la

denuncia de su desaparición y regresó al hotel con el ánimo abatido. Sabía lo mismo que antes de empezar sus pesquisas. Para pasar el resto de la tarde, se dirigió a una hemeroteca y allí consultó los números del último mes de varios periódicos madrileños para buscar noticias relacionadas con la desaparición de su buen amigo. Durante horas hojeó las páginas de decenas de periódicos de la capital, sin encontrar nada que le interesara. Por casualidad, cogió varios números de los meses anteriores y en uno de ellos, correspondiente al día 12 de marzo de 1929, leyó una breve noticia que le dejó atónito:

*LA TERTULIA DEL CAFÉ CORONA RINDE UN HOMENAJE AL DESAPARECIDO
ÁLVARO QUIRÓN*

Ayer, en el primer aniversario de la desaparición del escritor madrileño Álvaro Quirón, la tertulia literaria del Café Corona, de la que el autor de La caja de música era miembro desde hacía años, celebró un homenaje en su memoria. El acto consistió en la declamación de varios panegíricos que ponderaban la calidad humana y artística de Quirón, seguido de un recital de poesías a cargo del señor Lucena, y la lectura de fragmentos escogidos de su obra más conocida, la novela Hijos de Caín. Al evento asistieron, entre otros personajes del ambiente literario de la capital, el señor Muñoz Seca, el señor Pérez de Ayala y la viuda del señor Quirón. El escritor, como se recordará, desapareció el 11 de marzo del pasado año en circunstancias todavía no aclaradas, y su paradero sigue siendo un absoluto misterio.

Ayala sintió un inexplicable temor cuando terminó de leer la escueta noticia y recordó la advertencia mencionada por Carranza en su carta: se la expresó Quirón, el mismo Álvaro Quirón que, de ser cierta la información del diario, había desaparecido misteriosamente más de un año antes. Como su amigo Carranza. Excitado por su descubrimiento, sin percatarse de que se acercaba la hora de cierre de la hemeroteca, Ayala rebuscó en números del año 1928, hasta que encontró una breve reseña acerca de la desaparición de Quirón. Sólo se decía que su esposa había denunciado ante la policía el caso, después de que una noche el escritor no acudiera a su casa, ni en los días siguientes. Al parecer, no se le volvió a ver jamás, ni se halló su cuerpo, ni pista alguna que revelase su paradero. Su caso, observó Ayala con aprensión, tenía demasiadas coincidencias con el de Carranza.

En cuanto salió de la hemeroteca, y antes de que se pusiera el sol, Ayala se dirigió al café Corona, situado en la calle Bravo Murillo. Su asombro se trocó en temor cuando se detuvo ante la puerta acristalada del local. Estaba cerrado, con un cartel colgando desde el interior en penumbra que decía «Cerrado por cese de negocio». El aire deprimente y desolado del restaurante, antaño opulento lugar de tertulia de escritores, poetas y periodistas, le llenó de una tristeza inmensa, como si se viera arrastrado por un frío mar a las costas grises de una isla perdida. Miró a su alrededor y al primer viandante con el que se cruzó, un hombre con gabardina y sombrero, le preguntó acerca del café. El desconocido le miró con curiosidad y dijo:

—¿De veras no sabe lo que ocurrió? Hace poco más de un mes su dueño fue asesinado por un pistolero. Un ajuste de cuentas entre rivales políticos, se comentó. La policía nunca atrapó al culpable. El Corona no tardó en quebrar y los escritores se marcharon a otras tertulias. ¿Sabía usted que uno de ellos, un tal Quirón, desapareció sin dejar rastro? Todo muy misterioso, francamente.

Ayala regresó a casa y tal vez por azar, sumido en sus pensamientos, pasó por la misma calle que había visitado esa misma mañana, justo donde se encontraba la pensión Gómez. Le llamó la atención un grupo de curiosos arremolinado en torno a la decrepita fachada del edificio que él ya conocía. Un súbito temor le asaltó al percibir un penetrante olor a humo y madera quemada, y ver un par de bomberos entre los vecinos. Se acercó a uno de estos y le preguntó qué ocurría.

—Ha habido un incendio. Parece que la pensión del segundo primera se ha quemado por completo y ha muerto la dueña...

Ayala dio media vuelta y regresó a su hotel aturdido, como si vagase en un sueño profundo e incómodo, y tras encerrarse en su habitación, arrojó el libro de tapas rojas bajo la cama y trató de dormir sin éxito. Se vio asaltado por pesadillas sombrías y miedos que provenían de distancias inconmensurables; caminó a tientas por un mundo plagada de tinieblas, y percibió la siniestra presencia de seres incorpóreos que le llenaron el alma de un horror inconcebible. Despertó antes del alba bañado en sudor y se sentó sobre la cama, sin atreverse a mirar bajo la misma. El mero hecho de saber que allí debajo estaba el libro- no un libro, sino ese libro- le hacía sentir una rara e inequívoca inquietud, de la que le costaba desembarazarse. Su mente racional le decía que ese Libro Escarlata no tenía nada de peligroso, que era un relato como

otro cualquiera, páginas de papel y palabras, miles de ellas escritas con tinta. Nada más. O quizás sí...

Ayala salió a la calle al despuntar el día, desayunó en una taberna cercana y se dirigió a la comisaría de policía que había visitado la mañana anterior. Indagó acerca de la desaparición de Álvaro Quirón y volvió a salir con unos pocos datos más que en nada aclaraban la situación. Según las investigaciones policiales, Quirón había estado trabajando en un relato que le mantuvo ocupado los días previos a su desaparición, pero de ese manuscrito, nada se sabía; su esposa falleció en un accidente pocos meses después- se llegó a barajar la posibilidad de un suicidio, aunque tampoco había pruebas que lo corroborasen-, y gran parte de los papeles fueron a parar a manos de sus dos o tres amigos más íntimos. Entre ellos, Ayala ya lo sospechaba, estaba Dimas Carranza. Antes de marcharse, el comisario que le había proporcionado esta información, le preguntó acerca de su interés por Quirón, al que no había conocido personalmente. Ayala se deshizo en una incoherente explicación que en apariencia convenció al oficial de policía y se marchó a la calle, consciente de que podía convertirse en sospechoso de dos posibles crímenes. Quirón había desaparecido sin dejar ni rastro, legando un libro de tapas rojas que pasó a manos de Carranza y ahora éste se había desvanecido también y el dichoso relato estaba en poder de Ayala. Si la policía descubría la existencia del Libro Escarlata, su inocencia podría quedar en entredicho, aunque no existiesen pruebas de que Quirón y Carranza habían muerto. A no ser que un avisado comisario relacionase la insólita cadena de infortunios que parecía rodear a todos los que tuviesen algo que ver con el libro o con la persona que lo poseía. O con aquel que lo había leído, intentando acabarlo. ¿No le había dicho Carranza que no leyese el libro, que no intentara de ningún modo hacerlo?

Esa tarde Vicente Ayala vagó sin rumbo por las céntricas calles de Madrid; entre tanto, no dejaba de reflexionar acerca de los hechos en los que se había visto envuelto y del misterioso Libro Escarlata. ¿Quién era su autor, o quiénes? ¿Qué terrible historia, qué ocultos secretos podían contener sus páginas para provocar tantos males, si en verdad las desgracias ocurridas desde hacía un año podían considerarse concatenadas con el simple hecho de poseer un libro? Dos escritores que lo tuvieron y llegaron a leerlo, habían desaparecido; la esposa de uno de ellos estaba muerta; el café Corona, otrora prestigioso lugar de tertulia habitual de Quirón y sus compañeros, cerrado y en ruinas, y su dueño asesinado; la humilde pensión en la que Carranza se alojó acababa de arder por los cuatro costados y la propietaria, la mujer con la

que el propio Ayala había hablado un día antes, también había fallecido. De los otros amigos de Quirón, Ayala no sabía si seguían con vida, así que pospuso su propósito de abandonar la capital y regresar a París, para olvidarse de ese turbio asunto, y trató de buscar un modo de llevar a cabo sus averiguaciones sin levantar las sospechas de la policía. Hacía años que no visitaba Madrid y no recordaba con claridad el domicilio de un viejo amigo policía; no le sería difícil dar con él, pero prefirió no involucrarlo en unos sucesos que parecían envueltos en el misterio, y finalmente, acudió a un detective privado que encontró en un anuncio de un periódico. Se presentó en su despacho, situado en la buhardilla de un edificio centenario, y le explicó que necesitaba encontrar a tres compañeros de un amigo fallecido, sin entrar en detalles ni mencionar el Libro Escarlata en absoluto. El investigador, un veterano llamado Moreno, le aseguró que al día siguiente tendría la información, y Ayala volvió al hotel, sin atreverse a mirar bajo la cama. Apenas durmió un par de horas, y tras tomar un baño, fue a desayunar a un restaurante sencillo. Luego, a la hora convenida, subió al despacho de Moreno. Llamó a la puerta y cuando entró, el detective, un hombre de edad madura, de bigote espeso y ojos penetrantes, le miró con una expresión de incierta perplejidad en su rostro. Le entregó a Ayala un detallado informe escrito a máquina y dijo:

—Me temo que los amigos de su conocido, señor Ayala, están muertos. Los tres. Y no por causas naturales. Ahí tiene los detalles escabrosos; he visto cosas terribles, se lo puedo asegurar. Yo estuve en Marruecos y en Cuba, ¿sabe? Hay hechos en la vida de uno que se graban a fuego en la memoria y jamás se olvidan. Pero lo de esos hombres... Sus muertes se escondieron al público y ahora lo entiendo. Prefiero no hablar de ello. Le rogaría que me abonase mis honorarios ahora mismo, señor Ayala.

El escritor le pagó a Moreno la cantidad estipulada y volvió rápidamente a su hotel. Las palabras del detective le habían llenado de temor, un pavor más grande que el experimentado hasta entonces por culpa de los acontecimientos que giraban alrededor del Libro Escarlata.

Una vez en su cuarto, se acercó a la ventana y leyó el informe con avidez. Moreno tenía razón. Arrojó los papeles al suelo y tras un instante de vacilación, los rasgó con rabia, los redujo a pedacitos que metió en una caja de cartón, junto a los objetos personales de Carranza y el Libro Escarlata. Sus manos temblaron al tocar la superficie del libro y se sintió invadido por un irrefrenable terror. Al mirar la cubierta de cuero rojo le vinieron a la mente las imágenes espantosas de los tres amigos fallecidos de Quirón: el poeta Lucena, atropellado

por un tren cerca de Atocha, sin que ni un solo testigo lo viera arrojarlo a las vías; Gómez de Prada, el dramaturgo, al que encontraron muerto en su propia cama, con las visibles huellas de unas manos en su cuello que le habían estrangulado, a pesar de que vivía solo y ni puertas ni ventanas estaban forzadas ni se hallaron pruebas de que hubiese entrado alguien en la vivienda; y por último, Araujo, el escritor de relatos breves, al que encontraron en el fondo de un pozo, a cientos de metros de su domicilio, y nuevamente, sin testigos del accidente. Tres muertes horribles y sin explicación, que obligaron a la policía a hacerlas pasar como meros accidentes ante la opinión pública. Ayala sacudió la cabeza y se restregó los ojos. El Libro Escarlata ejercía un extraño influjo sobre él, y ahora que había vuelto a tocarlo, no podía dejar de mirarlo. Con un movimiento instintivo, abrió la portada y comenzó a leerlo.

Nadie sabe lo que ocurrió durante aquellas horas en la habitación del hotel. Las posteriores investigaciones policiales demostraron que Vicente Ayala, excitado y con aspecto desaliñado, abandonó el hotel, cogió un tranvía y llegó al Parque del Retiro. Una vez allí, según los numerosos testigos, mientras farfullaba frases incoherentes, sacó un libro de tapas rojas y un puñado de papeles arrugados y los quemó con unas cerillas en presencia de varias personas, que alertaron de inmediato a la policía. No tardaron en presentarse cuatro agentes del orden, que procedieron a arrestar a Ayala, en la tarde del 25 de junio de 1929, pero, en un momento dado, el detenido arrebató la pistola Astra 400 a uno de los policías y se disparó en la sien, falleciendo en el acto sin que nadie pudiera impedirlo. En un bolsillo de su chaqueta se encontró una nota absurda que no hizo sino envolver el caso todavía más en el misterio y que decía así:

Quirón primero, y Carranza después, encontraron el secreto del Libro Escarlata. Ya saben lo que es el dolor. En otro mundo, en otro espacio viven más allá de lo conocido, y sufren y mueren cada día. Yo no puedo, no tengo valor para afrontar el viaje. Por suerte, sólo he leído el libro y no pretendí, como ellos, escribir su conclusión.

*Sí te ha gustado este número, puedes encontrarnos en pnaklendorf.com/refugio-bizarro, en la *Wiki Lovecraft hispana* y en nuestras redes sociales. ¡Te damos gracias por leerlos!*

X (Twitter): @refugio-bizarro @PaterDagon

Instagram: @refugio.bizarro @yuke_kabula



Según su pensamiento, el arte —si se lo mira de cierta manera— es la rebelión del hombre contra la naturaleza: no es sino la manifestación de la insatisfacción humana con las cosas tal como son y del deseo de imprimir sobre la naturaleza la personalidad individual de cada persona.

—Edogawa Ranpo, La extraña historia de Isla Panorama